

F. J. FALQUEZ AMPUERO

RONDELES INDÍGENAS

Y

MÁRMOLES LAVADOS

(POESÍAS ORIGINALES Y TRADUCCIONES)

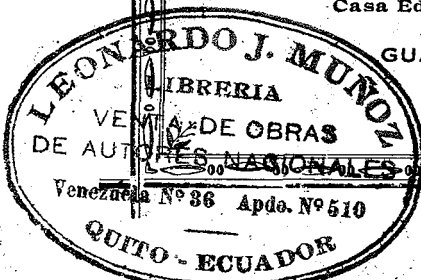


IMPRENTA LA REFORMA

Casa Editorial Jouvin

GUAYAQUIL

1914





BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION



ALEA JACTA EST.....

La suerte está echada. Versos a estas horas! quién los hace y quién los lee? Si hay alguien que sea «más versado en desdichas que en versos», éste soy yo... En estos tiempos de crisis mundial son cuartos que se arrojan a la calle, aves vistosas y raras que mano imprudente deja escapar de la jaula: no los volveréis a ver! Pero ya que están afuera los vástagos tardíos de mi inspiración; ya que he tenido que hacer no escasos esfuerzos para darles el modesto traje con que se presentan hoy en sociedad, al menos que no se les tiren encima *la crítica sorda y la gramática parda*, para hallarlos feos y desaseados; que no regresen al hogar con injustos maltratos de nadie; que se los deje respirar en donde todos, grandes y pequeños, tienen derecho a su ración cotidiana de aire y de luz: he allí mi anhelo. La más triste de las situaciones que pueden sobrevenir a la paternidad literaria, está pintada en esta honda exclamación de Jackson Veyán:

Allí donde sufre un hijo
está su padre llorando!

Mis versos... ¡Quién puede decir con orgullo: esos acordes fugitivos escapados del arpa gigante de la humanidad, son míos? ¿De cuál alma procede esa súbita vibración de lágrimas y risas que huye

por frondas y arroyuelos? La estrofa, como la flauta de Pan, abre sus conductos hechos bajo la impresión del dedo rosa de una náyade, para recibir la brisa fresca del idilio o el aura húmeda de los suspiros que ahogan el pecho del hombre. Llamarse poeta con arrogancia es una profanación y un error. Poetas son los genios de la madera de Homero, Esquilo, Dante, Shakespeare, Calderón de la Barca, Víctor Hugo. Los demás, sólo traducen imperfectamente la sensación que les produce la belleza noble y sana del Arte. Originales son esos entes divinos que están resplandeciendo como los serafines bíblicos, entre una cantidad de sombra acumulada por los residuos naturales de una superior producción, que la constituyen las obras maestras, cuyo acervo es inmortal. Los poemas cosmogónicos de la India; los frisos y metopas del Partenón; las telas de Apelles y las esculturas de Fidias; los terribles versículos de Job; el libro profundo y risueño de Lucrecio; los Anales de Tácito; la canción de Roldán; las galantes trovadas lemosinas; Hamlet, Don Quijote y el Paraíso Perdido; las santas y princesas de Rafael y Velázquez; las aguas fuertes de Goya; la poesía sabia de Leconte de Lisle; los versos robustos de Schlegel; las páginas artísticas de Renán, Flaubert, Taine y Zola; todo esto y mucho más, es el resultado de un trabajo sublime, humano y bello, que tiene la alta misión de instruir y deleitar al mundo. Lo que no lleva el sello de esta grandeza de primera clase, no pasa de ser una ingeniosidad artificiosa. En este sentido fué, sin duda, que Voltaire dijo, que el primero que comparó la mujer con una flor era un poeta y el segundo, un sandio.

Pero he hablado por insidencia de los genios, y séame permitido añadir un concepto más acerca los grandes crucificados del vulgo. La calumnia vierte sus ponzoñas en la boca desmesuradamente abierta de la sátira brutal, que las vo-

mita sobre el blanco impoluto de la honra de estos seres egregios; y entonces César, para la estupidez pretenciosa, es más disoluto que una mujercuela; Cellini se convierte en el asesino de Pompeo, joyero de un papa; Molière no prevalece ya por "El Misántropo" y "El Avaro", que ha descendido a las cloacas morales del incesto; Turena es un degenerado víctima del delirio de persecución; Lope de Vega padre de infeliz prole ilegítima... Así, es indudable que Dios ha muerto, y en consecuencia, que se ha enfriado el astro brillante que preside los destinos del hombre espiritual. Los sanchos de la rutina están de plácemes. Los semidioses se van.... Lo demás se hará en un periquete. Cogerlos por el cuello, como a badulaques, para cortarles la pensadora cabeza que unge una lengua de fuego: hundirlos a trompicones en una mazmorra; presentarles la esponja de hiel o la copa de cicuta, son oficios que no demandan mucho tiempo, sino vocación, y la imbecil crueldad de las gentes se complace en ejecutarlos a maravilla, inspiradas por una especie de providencia diabólica, que es un remedo de aquella implacable divinidad del Ganges, no satisfecha nunca de muerte y estrago... Pero el calvario de la calumnia pasa, y el tormento que acaba con la vida es rápido como la caída del tajo sobre la garganta... El vulgo no triunfa en definitiva: el genio se alza más luminoso y respetable, porque la esterilidad del Caos no puede vencer las fuerzas fecundas de la Creación..

Descartado este breve paréntesis, volvamos a los versos que ofrezco al público. Uno no hace los versos: se hacen en la gran fragua del corazón, donde viven el ritmo y la chispa conservadores de lo bello; y una vez que estos invisibles agentes de la mejor poesía han terminado la obra esperitual, ésta sale al comercio del mundo, radiante como una presea que algunos aprecian y la generalidad rechaza; pero que el artífice ama y quisiera

conservar para él a costa de los más penosos sacrificios, a semejanza del infeliz joyero del cuento de Hoffman, que perseguía a sus clientes para arrebatárles los hechiceros camafeos y las bellísimas joyas que les había trabajado....

Hubiera preferido que estos cantos se quedaran en casa, para delicia de mis ratos de ocio en las dulces veladas del hogar, cuando el agradable parloteo de mis chiquitines cesa y comienzan los solemnes ruidos de la noche; pero no han faltado amigos cariñosos que me convencieron de que debía dejarlos salir en busca de auras más frescas (¡tal vez se equivocaban!), y allá va la nidada de gorrioncillos, dejando el alar querido, donde tenía, al menos, sombra grata y un haz de ramitas de menta que picotear, para ensayar sus alas, que protege reciente vello, en la ardua gimnasia del vuelo, sin saber cuál será el fin de este primer intento..... Pueda ser que plomo brutal o lazo aleve estorben el regreso de las amadas crías: el desengaño es para las aves, como para los hombres, el cierzo que deshoja las ilusiones; pero ya que así lo queréis, sea, y que el *diablo mundo* os enseñe sus alegrías y sus dolores, sus esperanzas y sus combates. Yo quise conservaros como en artístico frasco se guarda un preciado perfume; como el ex-voto milagroso que tiene el poder de domeñar las penas que no se dicen a nadie; como las bagatelas de oro viejo cuasi deshechas, que recibimos de la madre moribunda en un anticuado cofrecito, donde está el «lujo de pobre» que nos resistimos a enagenar hasta para darle pan a la familia.....No ha sido posible, y ya os veo saltar de aquí para allá, ebrios de la dicha peligrosa de ser libre entre muchos fuertes envidiosos, piando en el ajimez que tiene cortina de enredadera y sobre el techo que visten de abundante musgo, las primeras lluvias del invierno. ¡Id, pues! Yo os bendigo....

En medio de mi huerto de adelfas he colocado los famosos mármoles de los grandes jardines. ¿He hecho mal? No lo creo; pues, a nadie, que yo sepa, le está vedado adornar su casa como a bien tuviere. Si las gentes de buen gusto se acercan a la desvencijada reja y hasta penetran al interior de mi verjelillo, no ha de ser por las inodoras flores de mi cosecha, sino para admirar aquellas soberbias figuras trabajadas por las nobles manos de Baudelaire, de Lisle, Verlaine, de Heredia y otros ilustres artistas que animaron los sagrados bloques de las grandes canteras del Parnaso. Ellos están de antaño en el cielo del Arte, alternando con espíritus generosos, mientras que yo, cuando dejo la buhardilla en que vivo con los míos y con mis libros, es sólo para codearme con un amigo sincero, por una centena de falsos amigos que me han amargado el corazón. Bien están entonces estas obras imperecederas, protegiendo con su serena hermosura las pálidas flores que he visto nacer bajo mis cuidados...

Guayaquil, a 9 de octubre de 1914.

F. J. Falquez Ampuero.



Rondeles Indígenas



MI LIRA

Suspiros que se cuajan en canciones
llenan su "pecho" armónico y divino,
recamado de chapas de oro fino,
donde el arte esculpiera sus blasones.

Tiembla mi diestra al despertar los sonos
del canto, que en rocío cristalino
grana perlas de corte peregrino
para el collar de Hipatias y Manones.

Y parte el verso nítido y valiente,
como el pájaro cierto de su empuje
salva ufano la cima y el torrente...

Tierno es el himno, si el amor lo inspira;
mas, si lo inflama el patriotismo, ruge,
que son mis nervios, cuerdas de mi lira.



LOS GENIOS

A MI HIJO FRANCISCO.

Homero canta en la primera aurora
del siglo de la fábula, grandioso;
la Epopeya inmortal brotó sonora
del crisol de su numen portentoso.

Job es un Graco que en la Biblia amaga
con puñados de injurias al Eterno,
y, en la púrpura envuelto de su llaga,
parece un rey fugado del Averno.

Como gota de sol derrama Esquilo
sobre el molde su bélico espondeo,
y, ufano de la gloria de su estilo,
surge, al mundo del arte, "Prometeo."

Lucrecio es un vidente de Natura,
observador del átomo y la estrella,
que en funesto arrebató de locura
hundió en la muerte su existencia bella.

Armado de su fusta de escorpiones
vapula Juvenal con ruda mano,
á Mesalina de hórridas pasiones
y al Senado del torpe Domiciano.

Por camino de hirvientes solfataras
mudo y sombrío el Dante se pasea,
no le inquietan las sordas algazaras
con que le asedia muchedumbre rea.

Para poder sus sátiras vibrantes
Rabelais fulminarlas contra Roma,
de una casta de plácidos gigantes
la mascarilla de la burla, toma.

En oscuro y mugriento calabozo,
y de su ingenio en luminoso brote,
trazó Cervantes el sublime esbozo
del legendario y pálido «Quijote».

Con pupila extraviada y tenebrosa
Milton inquiere los remotos cielos,
y un arcángel le inspira la armoniosa
voz que hablaron con Dios nuestros abuelos.

No has podido, SEÑOR DE LAS VERDADES, (1)
más alta prueba dar de tu grandeza,
que encender a través de las edades
estos astros de fúlgida belleza!



(1) Verso de Baudelaire.



FRAGUA HEROICA

Reposan en la clásica panoplia
desde la magna lucha redentora,
orín de un siglo el aguilón acopia,
y esperan que las saque de su inopia
el vívido fulgor de nueva aurora.

Fueron templadas en las grandes fraguas
de los primeros cíclopes de América,
y los marciales visos de sus aguas
brillaron, en Pichinchas y Aconcaguas,
contra los tercios de la zaña ibérica.

Nobles y fuertes su deber cumplieron
de Calderón en las gloriosas manos,
yelmos de Alcides de Bailén partieron,
y sus láminas rojas se volvieron
en honor de los pueblos colombianos.

En las guerras que llámanse civiles,
que cubren los hogares de crespones,
no tercián estas armas varoniles,
sino las dagas ponzoñosas, viles,
que rasgan á traición los corazones.

Cuando la Patria á combatir las llama
se lanzan con ardor á los tonreos,
vencen siempre al contrario de más fama,
y la bocina del heraldo aclama
que han merecido todos los trofeos.

En la silente cámara sombría
bajo tul de soberbios pabellones,
descansan mientras llega el alto día
en que deben mostrar su bizarría
contra hidalgos y enérgicos varones.

Nadie las tome sin probar derechos
á blandir con honor esos montantes,
que con el fin sublime fueron hechos,
de contener los atezados pechos
de una legión de olímpicos gigantes.

A cabezas infames y menguadas
no herirá con sus golpes tal acero,
que el destino las tiene reservadas
á sufrir las enormes cuchilladas
del modesto y valiente coracero.

Mas, si ostentando sus cimeras bellas
vienen grandes y buenos paladines
á resolver terríficas querellas;
entonces las veréis latir centellas
saludadas por parches y clarines.

Así es la espada de mi heróica tierra,
temple y brillo marcial no le hacen falta,
invencible en las artes de la guerra,
y, aunque se fuerza en espiral, no yerra
jamás el tajo abrumador, ni salta!





ENSEÑA ROJA

(Canción anarquista.)

Genios adustos, vates andrajosos,
que holláis del mundo la extensión de lodo,
y que tristes, rendidos y ojerosos,
sufrís las penas de terrible exodo!

Vivid tranquilos, seres macilentos
de hirsuta barba y diestra vengadora,
que han de cesar los bárbaros tormentos
y están muy cerca las amables horas...

Pálida raza que el dolor asedia
hasta en la huesa que respeto infunde,
estamos al final de la tragedia
y tu hoja invicta en los malvados hunde!

El Trono que miramos tan erguido
en vano lucha por vivir con gloria:
es un mueble de lujo, carcomido,
en el salón de fiesta de la Historia.

Nos dicen que el Trabajo es un tesoro
y que el hombre indolente lo desprecia,
para que labre nuestra mano el oro
que derrochan los truhanes en Lutecia.

La tempestad del alma es cual la tromba
que se forma al secreto del abismo,
y tiene la violencia de la bomba
y el supremo poder del fatalismo.

El surco del mañana es para el pobre
que siembra rosas donde ha habido espinas,
y con moneda de grasiento cobre
paga sus dichas breves y mezquinas.

Vendrá la calma, tras la horrenda lucha
a solazar vuestras conciencias buenas:
si hoy la desgracia en el hogar es mucha,
no son eternas, como Dios, las penas.

No desmayéis, hermanos, si os arranca
el tajo redentor la amarga vida,
que la virtud, como paloma blanca,
es más excelsa, cuanto más herida!

De la obra del hombre, ha dicho un sabio, (1)
sólo lo escrito con su sangre es bueno:
si mudo contra el mal es vuestro labio,
lleváis abierto por la Ley el seno

La sangre es poderoso refrigerio
para el terreno de la idea fecunda:
del noble impulso que perdió a Caserio
es la sanción de Sarajevo oriunda!

Hay que llegar a la colina santa,
donde la zarza de los libres brilla;
aleves cardos herirán la planta,
sin conseguir que plegue la rodilla!

{1} Federico Nietzsche.



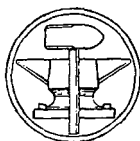
DEL TIEMPO DE CALDERON

De una tarde a los últimos fulgores,
libres ya de loriga y de montera,
para hacer la estocada más certera, —
combaten dos bizarros agresores.

Grave mansión de nobles moradores
se alza no lejos. Joven prisionera
desde una ojiva primorosa, espera
que depongan sus armas los señores.

En cada nuevo asalto el cabrilleo
de las espadas llega al devaneo.
Rueda, imprecando, un paladín sin vida....

Quiebra el rico cristal mano de nieve,
y cae pañuelo de batista, breve,
para servir de apósito a la herida.....





MAGDALENA

Ante el cuadro de Maitre Moulin.

Mujer ilustre de leyenda hermosa,
por amor que fué llama, redimida;
guardó tu mente su ilusión querida,
como la miel, el cáliz de la rosa.

Cual la garza que cubre cariñosa
bajo el niveo plumón su prole herida,
en tu pecho abrigaste, dolorida,
la imagen de Jesús esplendorosa.

Vivo hechizado de tu rostro bello
que parece flotar en un destello
de rósea lumbre que la vista encanta....

¿ Por qué hoy no quieres, en sublime lloro,
haciendo velo de tu crencha de oro,
ungir de un nuevo adorador la planta?....



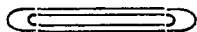
SPLEEN

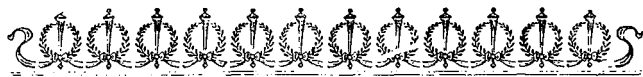
Fiebre del alma, vagos rumores,
noches de insomnio,
crudo penar;
dulce recuerdo de mis amores,
queja de un pecho
que va a estallar....

Cielo sin astros, diarias congojas,
vena de llanto
de un gran dolor;
álamo pobre de verdes hojas.
seco nectario,
mustio color..

Tal es mi vida! Bajel que pasa
por anchuroso
revuelto mar;
nube que flota, cual leve gasa.
cuando la luna
se va a ocultar....

Mas, si tus negros rasgados ojos,
en mis angustias
miro lucir,
lirios florecen, donde hubo abrojos,
vuelve la dicha,
debo vivir..!





VENUS NEGRA

A la Malabaresa de Baudelaire.

Alta y fornida, cual gallarda encina,
de ébano tiene el resplandor tu seno:
eres un vaso de febril veneno
con sabores de miel luciferina.

Tu mirada picante es de felina
hembra de lomo mórbido y relleno;
tu rojo labio, en el festín obsceno,
lanza su muelle copla libertina.

Como el manto cobrizo de una hoguera,
envuelve tu ampulosa cabellera
las desnudeces de tu carne ardiente;

Y en el dogal de tu insaciable abrazo,
se mezclan las crueldades del zarpazo
al lánguido ondular de la serpiente.





DIA DE GLORIA

A mi esposa.

Con beso franco y sonoro
se acarician brisa y flores,
los mirlos cantan en coro
y el sol derrocha un tesoro
de rayos deslumbradores.

Es la fecha venturosa
que de alta gloria nos cubre;
hoy, con su dedo de rosa,
Guayaquil, altiva diosa,
escribió el Nueve de Octubre.

Mis hijos están contentos
y quieren colgar listones
y farolillos por cientos;
es de verlos tan atentos
trabajar en los balcones.

Puedes alegre y ufana,
esposa del corazón,
esperar que esta mañana
icen, mis hijos, con diana,
nuestro viejo pabellón.

Hay que dejarlos hacer
la fiesta como ellos quieren;
después, al anochecer,
iremos a recoger
los que al sueño se rindieren....

No más lecciones, patriotas,
los festejos principiad;
debéis poner las botas,
cantando las dulces notas
del himno de Libertad.

¡Oh guerreros adorables!
(lo que ya es mucho decir)
vuestras manos incansables
son las únicas amables,
por que no han hecho sufrir.

Con tan buenos servidores
la victoria es fácil cosa:
¿quién resiste a los ardores
de mis rubios zapadores
de cara de malva-rosa?

Estos héroes chiquitines,
sin que los arredren balas,
salvan todos los confines,
pasan vístulas y rhines
ayudados de un par de alas.

Son lo más bello y sagrado
que el amor me concedió;
verme en su rostro pintado,
es poder decir confiado:
son mis retoños, soy yo!

Mal haya el padre que, lejos
de complacer a sus hijos,
quiere hacerlos, como él, viejos,
sin pensar que son espejos
que ha de tener siempre fijos.

Otra no es la humana historia:
hoy y ayer, aquellos y él;
conservemos la memoria
de este hermoso día de gloria
en una hoja de papel.

Y que estos versos menores,
los oigas, querida esposa,
cantar por tus ruiñones,
por mis lindos zapadores
de cara de malva-rosa.

Anvers, 9 de octubre de 1911.



LA ROMERITO
ARTISTA DEL GENERO CHICO

(EN SU NOCHE DE GRACIA)

¡Qué mujer! Lleva un tesoro
de atracción y gentileza!
De los piés a la cabeza
es una estatuita de oro.

De los brazos del sultán
parece una hurí escapada,
que conserva en la mirada
el odio de ese haragán

La cintura es frágil caña
que doblega, al paso. el viento;
¿la boca?—con mucho tiento,
no la toque usted, se daña.....

Al formar ángel tan bello
es fama que empleó el Autor,
en rato de buen humor,
partes de sombra y destello.

Cual Jove, para Vulcano,
hizo a Venus Citerea,
Dios ha tenido la idea
de hacerla para un anciano.....

Y la conserva Romero
en pago de qué sé yo,
y al que el Señor se la dió,
que nadie le oponga pero.

Tiene esta chica, que turba
a cualquier pecho de hielo,
en cada sonrisa, un cielo.
y un infierno, en cada curva.

Y es tan viva su atracción
cuando se halla emocionada,
que anoche, amigos, por nada
se me sale el corazón.

Cantaba con embeleso
esos aires andaluces.
que tienen más despeluces
que comezones un beso....

El Teatro, de bote a bote;
y en constante palmoteo
fingió Matilde ¡aún la veo!
LA TONTA DE CAPIROTE.

Quiero decirte una cosa,
morena, si no lo sabes,
es..... que en las tablas no cabes
cuando haces LA REVOLTOSA!

No sé de chula más guapa
a quién rindan más honores:
los pobres le arrojan flores,
y los magnates, su capa.

Yo que no soy pordiosero,
ni he de llegar a rentista,
le tengo una enelga lista
de flores, capa y sombrero.

Es la Gracia de la escena,
y afirma gente honorable,
que en esta maja adorable
hay más sal, que en Santa Elena...

Ha sido la noche un trueno
de aplausos. para la hermosa
artista "dulce y sabrosa,
cual fruta del cerco ageno...."

Y como no arriesgo un pito,
ni a mal Dios lo tomaría,
en sus barbas le diría:
¡ qué linda es la Romerito!





D' APRES NATURE



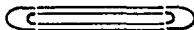
A Miguel A. Granado G.

A los vastos incendios de colores
de una tarde de julio bochornosa,
llegué a la granja donde se alza hermosa
la casa que ocuparon mis mayores.

Me ofrecieron los bardos ruseñores
sus endechas. La fuente rumorosa,
espejo de la ninfa pudorosa,
contaba a los favonios sus amores.

Mi noble overo en sobresalto para
junto a un cactus gigante, en cuya vara
pitón sus bodas trágicas consuma.

La cópula potente el árbol mueve
y vuela el polen, por el aire leve,
en un temblor de sonrosada bruma.





EL REGRESO A CITERES

(Cuadro del Louvre.)

En una puesta azul, que es un tesoro,
surca el espacio con perlada huella
gentil carroza, que al marchar, destella,
a semejanza de un cometa de oro.

Van cupidillos en alegre coro,
como escolta de honor, tras de la bella
que ostenta pura y temblorosa estrella
sobre la frente, en imperial decoro.

Es Venus que, radiante de hermosura,
vuelve a sus aras con la dulce risa
que fluye de su olímpica escultura.

Viaja el carro en atmósfera de aromas,
y son guiadas a impulsos de la brisa,
como un sartal de perlas, las palomas.





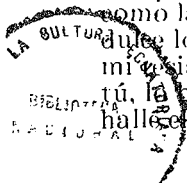
QUAND MEME

NO es que me olvide del feliz momento
en que, bajo la fe del juramento,
sin vacilar el corazón te dí;
es que la inmensa pena de ofenderte
hace que siempre que me toca verte,
respetuoso, enmudezca junto a tí.

Pero hoy que triste en el hogar te miro
sofocando las ansias del suspiro
bajo el rudo cilicio del dolor,
debo decirte que, en la historia trunca
de nuestra dicha, ese implacable NUNCA
es más que una sentencia, un torcedor.

Que hoy tiene, como ayer, tu cara bella,
ora el tinte de nácar de la estrella,
ora el pujante resplandor del sol;
como el tiempo en que fuiste tan querida,
siento bullir en plenitud la vida,
al modo del metal en el crisol!

Aquel amor que me brindaste un día,
como la copa del placer, tenía
dulce los bordes, y en el fondo, hiel;
mi resistencia por beber fué poca,
tú, la hiciste primero, y en tu boca
hallé el acíbar convertido en miel.

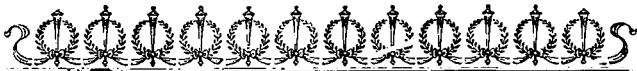


Cuántos años pasados de esa tarde!
Y aún en mi pecho se reanima y arde
un fuego que a los dos nos abrasó;
me parece que tiembles en mis brazos,
que no están rotos los amantes lazos
con que el hado un instante nos ató!

Lo recuerdo, mujer; era la hora
en que más tierna, filomela llora
oculta en el ramaje del sauz;
no ha sido Atala en resistir más casta,
y si al orgullo de tu honor le basta,
te diré que eras pura cual la luz...

El destierro llevado con exceso
no ha podido borrar tu último beso,
parece que tu labio lo grabó;
aquel que al despedirme yo te diera
¿lo conserva tu frente placentera
o el ala de otro ensueño lo extinguió?

Dime que me amas y que lo oiga el mundo,
para que sepa de un amor profundo
que cedió su derecho a la razón;
descubre ya el secreto bendecido
que guarda para todos, escondido,
a impulsos del deber, tu corazón!



FANTASIA MARINA

Cunctæque profundum
Pontum aspectabant flentes.

Virgilio.

Como grupo gemebundo
de mujeres desterradas,
que el ignoto mar exploran
desde el peñón de la cala;
los tres islotes gemelos
se ofrecen a la mirada
del viajador que bendice,
en lo íntimo de su alma,
la aparición que Neptuno
benévolo le depara.

Parecen las agrias rocas
al mismo golpe brotadas
del viejo tridente de oro,
en época no lejana;
y aunque su aspecto es humilde,
como el de la pobre Ytaca,
no dejan de ser anables
por lo que tienen de raras.

Del Atlántico anchuroso
las ondas gimen o cantan,
y en rompientes de colores
van a morir a la playa.

Allí fabrican sus nidos
las raudas gaviotas blancas,
y peinan sus fumarolas
al viento, las solfataras.
Como alero abandonado,
donde otros tiempos píaba
la casera golondrina,
limpia chocita de paja
en el ingrato horizonte
de la tarde, se destaca;
y existe simple conseja
que los marinos relatan
con lágrimas en los ojos
y la voz entrecortada,
de animoso compañero,
tripulante del «Walhalla»,
bergantín escandinavo
de novelescas hazañas,
que se saben al dedillo
estos «lobos», desde marras.

El infeliz marinero
que ese tugurio habitaba,
amó a la gentil Mercedes
de pupilas de esmeralda;
y como la aciaga muerte
la tierna espiga podara,
cuando más bella lucía
y era, de bien, esperanza;
el pobrecillo no pudo
(que hasta morir la adoraba)
soportar la horrible ausencia
de su novia malograda.

Desde entonces la chocita,
por entre la peña calva,
asoma el techo pajizo
con que el amor la adornara,
como dicienda a las gentes

que la ven tan sola y parda:
"Aquí, ya no vive el hombre
"que hasta poco me ocupaba;
"partió en el último invierno
"tras la sombra de su amada,
"mientras afuera el oleaje
"con su tremenda algazara,
"los hipos del moribundo
"indiferente coreaba".

Así termina la historia
que los marinos relatan
de un tripulante famoso
del groenlandero «Walhalla»,
enamorado tan fino
que, una tarde agonizaba,
añorando a su Mercedes
de pupilas de esmeralda.

Frente a San Thomas a bordo del Steamer
"Grunewalde", setiembre de 1912.—





MI BANDERA

In hoc signo vinces.

GUALDA.

Bello color de la gallarda espiga
y del rubio metal de los doblones,
te rinde el corazón sus ovaciones
en los cabellos blondos de una amiga.

En los cielos te huella la cuadriga
del almo sol de cándidos bridones,
y el cazador te admira en los listones
del bravo tigre que el juncal abriga.

Estás en la clorosis, y en el prado
cubierto de las hojas del otoño,
lo mismo que en el rostro amortajado.

En la plaza de toros me seduces,
latiendo en la mantilla y en el moño,
para los ojos, con temblor de luces.

AZUL.

La musa de contornos seductores;
la fimbria de la veste de Natura,
que se enreda cruzando la espesura
y desengarza del joyel las flores.

El Mar de los poetas y pintores,
el sacro mar, cuyo recuerdo dura
en la historia del arte y la hermosura,
donde Venus naciera entre fulgores.

El sueño de la virgen ruborosa,
como vestal en el hogar mirada,
y la cauda de inmensa nebulosa

Que arrastra Urania en descogidos tules,
cual las pupilas de mi dulce amada,
tienen la gloria de llamarse azules!

ROJO.

Roja es la sangre en las hinchadas venas
del gladiador de músculos de acero,
rojo el vino que extingue, placentero,
de la cautiva humanidad las penas.

Roja es la herida en flor, que en sus almena
impávido recibe el caballero;
rojo el airón de chispas que el alero
distante incendian. Rojas las arenas

Del piélago salobre y milenario;
rojo el cristal por do penetra el día
en medio de la pompa del sagrario.

I el tinte que le prestan los pinceles
al costado de Cristo en agonía,
es del rojo de un gajo de claveles!





LOS HUMILDES

A Colón E. Alfaro.

La gloire, souriante et pure,
Admirant sa fière jeunesse,
Vient baiser la rouge blessure
Avec ses lèvres de déesse.

TH. de BANVILLE.

A la hora en que saludan los nacientes resplandores
las alondras, van cantando los curtidos sembradores
bajo el palio de los cielos que les brinda su solaz;
surge el himno, mientras abren las entrañas de la tierra,
y por hondos precipicios y peñascos de la sierra
rueda el eco en grandes ondas, esparciendo amor y paz.

Generosos y entusiastas depositan las simientes
los modernos Triptolemos, que con riego de sus frentes
a los surcos prestan fuerza de vital germinación;
y es por ellos que revienta de natura en la amplia falda,
como enseña de trabajo sobre campo de esmeralda,
rubio grano que proclama la divina bendición.

Unos corren por los llanos tras la cándida gacela;
en el potro que se inflama cuando siente aguda espuela
a la fiera baten, otros, en el monte secular;
y de todos en el pecho brota pura la alegría,
como vena de agua fresca que a la noble luz del día
del regazo de la peña, salta en límpido cantar

Entre sirtes insidiosas en que loco el mar se estrella,
por las vastas soledades que repiten la querella
del poeta de las ondas, del humilde pescador,
débil barca vuela rauda, como nítida gaviota,
que en la caza del marisco con el breve remo azota
los rebeldes gruesos tumbos de metálico fulgor.

Son la prole de Neptuno, que por climas tempestuosos
en combate con los vientos y los monstruos espantosos,
dan la vida o nobles triunfan sin indigna ostentación.
Con hervores de rompientes se confunden sus gemidos,
y la dulce cantinela, que fué grata a los oídos,
hoy no llega a la cabaña, do está viudo un corazón!

De su sangre generosa se tiñeron los corales,
y las más preciadas perlas de las costas orientales
vida y brillo recibieron de su llanto de pesar.
¡Gloria eterna cante el piélago en su trompa de aquilones,
en honor de los modestos y perñelitos campeones
que sepulta en criptas de oro refulgente, el ancho mar!

En el fondo de la inmensa subterránea galería,
donde riñen con la muerte los mineros noche y día
y el mercurio se apodera lentamente del pulmón;
la falange vencedora del fragor de la montaña,
a beber la luz hermosa saca audaz de ruda entraña,
gaya piedra rutilante de su estuche de carbón.

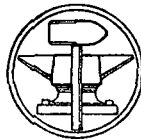
Allí están junto a la fragua poderosa que se agita,
como el pecho de un gigante bajo el antro en que dormita:
honra y paz es la divisa de su esmerzo bienhechor;
y si alguna vez despliegan la temida enseña roja,
es porque hay una injusticia que sus almas acongoja,
y que al fin estalla en bomba, o es cuchillo vengador!

Todo el oro que admiramos en las viejas catedrales,
en las gemas de los mantos y en las coronas murales,
del tesoro de estos gnomos ha salido a relucir.
¡Cómo es noble, en la abundancia, la virtud de su pobreza,
y cómo es también nefanda la despótica rudeza
que un salario miserable los obliga a consentir!

No hay renombre más sublime que el renombre del soldado,
atalaya de la Patria que, con pecho denodado,
a las balas enemigas se acostumbra a desafiar;
cuando al sol de las batallas contemplamos su armadura,
nos parece que un Bayardo de altivez y de bravura
es el joven que ha dejado las blandicies del hogar.

Por la Patria y su bandera, por el pedazo de cielo,
donde respiran los seres que son causa de su anhelo,
por el orgullo indomado de ser libre y de vencer,
los héroes parten al fuego sin doblarse al llanto rudo
de las madres que les brindan, con un beso, el férreo escudo
que embrazaron sus abuelos en los campos del deber.

Para todos los que ciñen con honor la egregia espada
que ampara leyes, penates y la greda bautizada
con la sangre de los fuertes que nos dieron libertad;
si la Musa tiene cantos de inmortales vibraciones,
es más alta recompensa, la de honestos corazones
que celebran entusiastas el valor y la lealtad.





LOS CIEGOS

A mi primogénita.

Como para una fiesta soberana
sus vistosos bombillos prende el sol;
parece el orto una gentil persiana
dorada por un súbito arrebol.

Cabe el palacio de soberbios muros
los tristes ciegos descansando están;
esos ojos abiertos, pero oscuros,
¿qué buscan en los cielos con afán?

El almo baño de temprana lumbre
advierte que los llena de fruición,
y que sorda, a su voz, la muchedumbre
pasa cantando en férvido turbión.

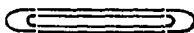
Esas cuencas no admiran las hermosas
mañanas que poetiza el dulce abril:
no han visto las estrellas ni las rosas,
ni tus pequeñas manos de marfil.

Las maravillas de que el hombre es dueño
no las pueden los ciegos contemplar,
sólo las adivinan, cuando el sueño
los viene a sus tugurios a buscar.

Apoyo no les niegues, hija mía,
si a tu puerta lo llegan a pedir;
alivia sus quebrantos, que algún día
sus preces, por tu bien, han de surgir.

Recuerda que te dice una leyenda
de estos proscritos de la alegre luz,
que cuando mueren, rásgase su venda
al fulgor penetrante de la Cruz!

Y que hubo un noble vate infortunado
que la tragedia del Edén cantó,
un defensor del bíblico expatriado,
el viejo Milton, que también cegó!





CIENAGA FLORIDA

(Leyendo a la Rachilde.)

Son páginas de la vida
de crueldad edificante:
tema de amor palpitante
y de belleza sentida.

Como «Ciénaga Florida»
nada ha escrito la Rachilde
más espléndido y sin tilde,
a pesar de que no sé
si el público presta fe
a mi dictamen humilde.

En su título intensivo
abarca el mundo moral,
lo mismo que el material
por irónico motivo.

El amado gesto esquivo
de la virgen pudorosa,
y la granja que rebosa
en abril, espigas de oro:
belo allí todo el tesoro
de novela tan famosa.

El carácter, como el prado,
que de jazmines se cubre,
charca pútrida descubre
bajo semblante elevado.

Este es el tema que ha usado
la sublime novelista;
que él es fuerte, está a la vista,
pero es también un deber,
la cortina descorrer
para que triunfe el artista...

Fermentos tiene debajo,
como el budial, la conciencia,
que sujeta a su experiencia
la química de lo bajo.

Tal lo enseña este trabajo,
cuando descubre a las gentes,
que sol y pasión, ardientes,
abren el pecho y la granja,
en grieta moral y en zanja,
para funestas simientes

Porque el temido escarpelo
la roja llaga descarne,
dejar pudrirse la carne
es, sin duda, torpe anhelo.

Bendigamos, pues, el celo
de tan egregia señora
que el orbe moral explora,
respetable y respetada,
y es Shakespeare, por la mirada,
y como Sand, escritora.

Agosto de 1913.





LA MUERTE DEL POETA

A los Manes del doctor César Borja

¡Dors, Maitre, dans la paix de ta gloire! Repose!

Leconte de Lisle

Ven, arpa del dolor, grana tus sonos
para el Varón que el odio ha victimado,
antes que hubiera, con afán creciente,
el caudal de sus luces derramado
en servir a la Patria, noblemente.
Soltar conviene el gemebundo treno
que sólo escenas de aflicción recuerda:
arpa de Ovidio, ven, y que tu cuerda
vibre en preludio de tristeza lleno.

¿Por qué las musas del hullente Guayas,
en sus floridas playas,
vierten lúgubre lloro?
¿Por qué sus tiorbas de marfil y oro
no resuenan, como antes, en elogio
de la cuna del sol?
¿Do están los armoniosos ruseñores
de vivo esmalte que, en gallardo estol,
ledos cruzaban la floresta umbría...?
Grande es la pena que sofoca el himno
de la noble grey de la poesía;
y, en vez del trino de las aves bellas,
sólo el cáرابo rima sus dolores
a la trémula luz de las estrellas.

Ah! ¿Y es verdad tan súbita desgracia?
Ni el vigor de su espíritu ardoroso,
ni su vida ejemplar, hallaron gracia
ante el atroz decreto

que adivinó sin miedo, el animoso
patriota mártir de saber discreto?
Como la palma que descuaja el rayo
en la orilla de cármenes risueños;
tal, del bardo ilustre,
yace la frente en lánguido desmayo,
sin el nimbo de azul de sus ensueños.

¡Tributo horrendo! El pueblo soberano
a quien acaba de ofrendar la vida.
llamó, a su turno, al fuerte ciudadano
para que en brega de virtud y luces
su adhesión aportara, decidida,
a la causa del bien, por do conduces,
Libertad, a las prósperas naciones...!
¿Cómo negarse al voto de la Patria,
ni defraudar honestas ambiciones...?
Dejó el solar en que volado habían
las gratas horas de la edad primera;
el recodo feliz en que vivían,
sin quebrantos, la bella compañera
y los hijos del alma.
Allá quedó, también, triste y sin una
maceta de gardenias olorosas,
la ventana de límpidos cristales,
donde el rayo de nácar de la luna
le trajo el beso de las nueve diosas.
Allá, la egregia cátedra del sabio,
ardua palestra que llenó su labio
de luz de ciencia y de moral sublime;
allá, la choza en la *ciudad desierta*,
por cuya angosta puerta
pasar le viera la orfandad que gime...!

¿I éste es ¡oh Dios! el bárbaro destino
que espera siempre al hombre generoso?
Alfombrarle de sierpes el camino,
es un placer del cielo bondadoso...?

De nada sirven las amargas quejas
del corazón humano!
Cuando nos prende tu inflexible mano,
negra fortuna impía,
sólo al morir en libertad nos dejas!

¿I quién en tanto a la infeliz consorte
dar consuelo sabrá? ¿Quién su agonía
pintar al vivo en el cruel momento
en que la parca, con sonrisa iría,
selló el labio del hombre al pensamiento...?
Mustio el dulce carmín de la faz pura,
con voz ahogada por continuo lloro,
la noble esposa cruza los salones
envueltos en la tétrica pavora
que despide la luz de los blandones.
I allí lo ve, como la muerte quiso
volverlo en rapto de furor y estrago...!
Insensible a las plácidas caricias
de la que fuera su más bello halago!
¿Quieres, señora, interrumpir su sueño?
No tengas tal empeño
y déjalo dormir, libre de penas
y del tropel de lobos sanguinarios,
que rompen sus cadenas
para asaltar a probios mandatarios...
No lo despiertes, no, que al patrio suelo,
en tiempo no lejano
le esperan horas de vergüenza y duelo....

Por las extensas calles
que la flama solar pule y asea,
solemne avanza procesión doliente.
¿Cuál es ese pendón que al viento ondea?
¿Es el cándido emblema de las Musas?
Ellas tributan con piedad ferviente,
pleito homenaje al inspirado bardo,
que en magestad verbal cantó las glorias
de la sabia Armonía.

I esas banderas ricas en victorias
al fulgor de mil rayos, proclamadas,
¿porqué las ciñen lazos de crespones?
Se acerca...¿Oís?...¿Qué sordo movimiento,
y cuál rumor desconocido altera
la quietud del momento?
¿Por qué, tan desalado,
el pueblo corre hacia las grandes plazas?
Es que al batir del parche destemplado
va el carro de la muerte hacia la fosa,
que la cobarde envidia
abriera con su mano ignominiosa....

— — —

¡Musa, no más! Modera tus acentos
y serena la ardiente fantasía.
La vil alevosía
pudo henchir de iracundia tus lamentos,
y dictarte estos cánticos airados
que dejan alterados
los bellos rasgos de tu faz augusta.
Torne a la calma tu divino pecho;
y suelta ya la fusta
de ñudos de esplendores, fulminante,
rinda al bardo elegante
tu voz enrouquecida
su último adiós en apacible tono;
y aunque sangres, herida
de la venganza por el rudo encono,
corre, vuela a tu soto de colores,
de perfumes y trinos y murmullos,
y regresa a ofrecer, libre de orgullos,
tributo de ayes y ovación de flores.

Patricio ilustre! la canción perdona
de quien en verso sin matiz ni rima,
le cuenta al mundo tu sublime ejemplo;
y permite que deje yo en el templo
de la diosa Amistad, pobre corona!



AFRODITA

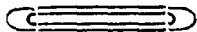
{Cuadro del Museo de Versalles}

En ágil concha la beldad navega.
Leve temblor agita los amados
mórbidos senos, albos, perfumados,
con que la brisa suspirando juega.

Es la áurea Venus que a gozar entrega
hasta los cuerpos por vejez helados,
la que, sonriendo, vierte los sagrados
primeros fuegos de pasión que ciega.

Ella es la fuerza madre, el soplo ardiente
que todo lo que existe, anima y siente;
estímulo que rige el universo.

En el pecho es fruición, trino en el nido,
savía en el árbol por abril florido,
en el lago rumor, gloria en el verso!





A COLOMBIA

Ferrea vox.

Virgilio

AYER.

Como brotó la virgen Atenea
del cerebro de Júpiter tonante,
revestida de clámide brillante
surgiste de Bolívar en la Idea.

I en medio de la lucha gigantea
que contemplaba el mundo delirante,
lanzó tu voz en cólera, vibrante,
la sublime respuesta de Medea.

Así, mañana, cuando el vil encono
de la ambición provoque tu venganza,
hablando, como Palas, desde el trono,

Dirás al ciego que te insulta: «Necio,
puedes rodar a un bote de mi lanza;
mas, le basta a tu audacia, mi desprecio!»

HOY.

Entre antorchas de vésperos y cirios,
y con paso de reina omnipotente,
avanzas al Tabor resplandeciente,
hollando abrojos y vertiendo lirios.

No ha logrado una etapa de martirios
degenerar tu espíritu fremente,
ni volver tu civismo indiferente,
ni sofocar tus bélicos delirios.

El invasor de América, menguado,
que, ufano de grandeza inmeritoria,
la fimbria de tu peplo ha recortado;

Ha podido medir acción tan baja,
oyendo el bronce de la humana historia
que en anatema vengador se raja.

MAÑANA

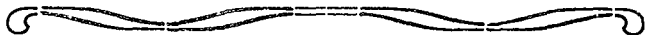
Pueblo! congrega tu legión pampera
a la marcha triunfal de tus clarines,
y que partan tus foscos paladines,
ardiendo al sol el peto y la cimera.

Suelta la brida, monte y tembladera
salve el tropel de lanzas y de crines,
y resuene, del Cauca en los confines,
choque de espadas en la carga fiera.

Pasen cual manchas de luciente grana,
ofuscando un instante la pupila,
las sombras de esta egregia caravana.

I al dilatarse el estridor guerrero
sobre la comba del azur tranquila,
ruede cual larga vibración de acero!





LOS BOHEMIOS

A Próspero S. Mac Dowal

Son de una raza que marcó el destino
con el inri oprobioso que la abate;
en el desierto que el Simoun combate
los sostiene la fe del peregrino.

Los hace la ilusión ver un camino
en las cálidas puestas de granate;
la antigua fiebre que en sus pechos late
los arroja en mugriento remolino.

No emerge del confín la grata sombra
del minarete o de palmera ufana.
Arde del yermo la infinita alfombra.

Y, girando con lúgubre revuelo,
sobre la miserable caravana,
los buitres manchan el cristal del cielo.





CUERDA DE ACERO

Al doctor César D. Villavicencio

No en el cielo que forja el egoísmo,
ni en el templo de mármol admirable,
El Genio fundador del Cristianismo
hace brillar su imagen adorable.

En el pecho del justo, que proclama
la verdad sin odiosas restricciones;
allí, como en sagrario que más ama,
tiene su rito el Dios de los perdones.

El Fanatismo que torturas crea
para abatir al hombre decadente,
en la Diestra inmortal puso una tea,
y el terror de sus fuegos, en la mente.

Y aún no saciado del rencor impío
que en la mentira del semblante asoma,
imitando a Calígula sombrío,
baldón eterno de la eterna Roma:

Y en transporte de maldad sin nombre,
por desplegar insólita fiereza,
que el mundo tenga, como tiene el hombre,
para cortarla, sólo una cabeza!

LA BIBLIOTECA NACIONAL

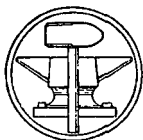
Ató el grillete de la fe al talento;
cortó sus alas de oro a la esperanza;
y la fuente de luz del pensamiento
la hizo guardar de un monstruo: la Venganza!

Deidad funesta que elevó el Pasado
a las esferas de lo ideal y bueno,
a trueque de la excusa del pecado
de hundir la Libertad en mar de cieno!

La Fe es como esa pavorosa puerta,
donde el Dante escribió su verso ardiente:
no la veréis a vuestro paso abierta,
sino para ir a la *Ciudad doliente*...

Sucedan a los rezos las canciones
que anticipan las luchas redentoras,
y que caigan los últimos bastiones
al golpe de las hachas vencedoras.

En alma luz bañado se presenta
el sol que nos robaba odioso velo:
ha pasado el fragor de la tormenta
y podemos mirar límpido el cielo!





GOTAS DE FERNET

[En un Album]

Al darle pomposo ramo
de lilas la dije un día:
«no olvides, princesa mía,
que más que a la gloria te amo.»

Sin pensar en su decoro,
me contestó la hermosura;
«sólo es igual mi locura
por tu amor, a la del oro.»

Bajo el influjo del cielo
nos brindan las estaciones
los mismos contrarios dones:
flores, mieses, lodo, hielo.

I el pecho, como lo ves,
de una tímida doucella,
produce, sin quererlo ella,
el amor y el interés.

Quizá se quede inmutada
tu linda cara de rosa,
al oír la extraña cosa
que te ha sido relatada.

Pero te debo advertir,
en honor de la verdad,
que no vive en la ciudad
la joven de mi decir...

Un pálido soñador
me contó la cruel historia
que conservo en la memoria,
para guardarla mejor.

Dejó el amor de habitar
ese pobre corazón,
como abandona el gorrión
fruto en que no hay que picar...

¿Quedarás así tranquila...?
Es mi manera de ver,
aunque bien pudiera ser
que se anuble tu pupila...

Y, huyendo el triste modelo
de mi sencilla historieta,
seguirás siendo discreta
bajo el influjo del cielo...

Agosto—1914.





APOTEOSIS DE LECONTE DE LISLE



Al celebrar tu entrada en el Arcano,
quiero un verso de nítida belleza,
que recuerde la clásica pureza
del exámetro de oro virgiliano.

No con el rito humilde del cristiano,
ni con la pompa que usa la nobleza,
baje a la cripta tu viril grandeza:
hay que lucir un funeral romano!

La cruz tampoco ni el ciprés se planten:
te ofrezca la India sus soberbias flores;
águilas negras tu apoteosis canten.

Y que los Elfos, en parranda inquieta,
vigilen, con solícitos amores,
tu sueño augusto de inmortal poeta.





PRO PUDOR!

Potius mori quam foedari...

VERGNIAUD

A J. Alberto Moncayo A.

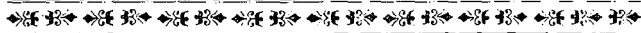
Como infeliz beldad sin experiencia
de los peligros de quien nace hermosa,
entrega el dócil cuello a la insidiosa
solicitud que esconde su impudencia:

Así, mi noble Patria, en la inclemencia
de su funesto sino, generosa,
por buscar una vida más dichosa
cayó en oprobio de falaz presencia.

Si el grito de la víctima no inflama
en ira santa y protección segura,
a los dolientes de la ilustre dama;

Y si la mano del jayán grosera,
no se ha de alzar jamás de la hermosura;
¿por qué, cielos, no hacéis que pronto muera?

~~~~~



PLATICAS DE ULTRA--TUMBA

Victor Hugo y Renán en el Eliseo.

FRAGMENTOS. I

Cuando al pensil de edénica belleza,
por do vagan las sombras venerandas
de los héroes y sabios,
bajó Renán sumido en la tristeza
que se dibuja en sus austeros labios;
a la sombra de esbeltos sicomoros
el bardo Víctor Hugo descansaba,
cual viejo mirlo de los dulces coros
que esa mansión de la virtud guardaba.

Era un valle amenísimo, regado
por elaras fuentes en amor dormidas.
El sesgo rayo del abril, templado,
retozaba en los kioskos de follaje
y en el blanco sendal de la mañana;
y de sus nobles testas seculares,
que en la región del éter se escondían,
cual diluvio de insectos, los palmares,
nubes de polen, al cimbrar, vertían.

La luz, al modo de gentil doncella,
recogía su veste de colores;
vino la tarde, soñadora y bella,
en apoteosis de zafir y rosa,
hundió la diestra en el redondo seno
y sobre el mundo, con sonrisa grata,
que fué promesa en el azur sereno,
dejó caer un luminar de plata.

—Tarde la Muerte, amiga hienhechora,
ha cerrado mis ojos a la lumbre,
dijo el Sabio al Poeta, con sonora
voz que atendió la ilustre muchedumbre
de bardos y filósofos egregios
que, con sonrisas ledas,
en columna radiante transitaban
por las grandes y opacas alamedas.
Tarde he llegado a departir contigo,
varón excelso, luminoso guía;
la vida me retuvo entre sus brazos
para hacerme saber su alevosía,
y el corazón dejarme hecho pedazos.
Pero ya estoy en medio de los buenos,
por sublime destino consagrados
—con el alma y la fe de la conciencia—
“a eternamente amar y ser amados!”

Rasgado el pecho por el torpe encono
que puso en mi semblante adusto ceño,
vengo a tu blanco hogar, cuyos pretils,
adornados de mágicos pensiles,
albergan a los príncipes del sueño.
He tremolado la inmortal bandera
del Cristo, de pupilas milagrosas;
de errores depuré su noble historia,
compendio de heroísmo y de ternura;
y al herir, para el hombre, de impreviso,
la oculta roca de virtud tan pura,
esparciendo en el mundo un vaho de rosas,
abrió el ángel guardián el Paraíso...!

—Copia su luz de perla en los remansos
el tibio faro del Amor, la Luna;
las olas en la playa se reclinan
con dejo soñoliento;
y al blando impulso del nocturno viento
en las tumbas los álamos se inclinan.

Todo duerme en el seno de la calma
para volver al afanar del día:
el insecto no busca la ambrosía,
cierra sus aspas la sonante palma.
Sólo te espero yo, como al hermano
que ver nos place tras penoso viaje,
para, entusiastas, estrechar su mano.
Ven a seguir la estimación sincera
que en el distante mundo nos uniera;
y, en medio de la noche solitaria,
con voz de salmo en lágrimas henchido,
tu pecho dolorido
lance una nueva y mística *Plegaria*.

—La vida es vanidad de vanidades,
y es el hombre emigrante golondrina
que salva las edades.
Maltratado y herido por dolores
que no sabe si acaban en la tumba;
indiferente a la virtud y al vicio,
pasa arrastrando la brutal cadena
que lo obliga a mirar el precipicio,
do halló Pascal inagotable pena.
Quisiera para mí la voz tonante
de Juvenal y Dante,
cuando reyes y papas condenaban
a la supervivencia del delito;
quisiera dar al grito
de mi protesta, el diapasón vehemente
de tus versos de fuego:
el Mundo pide un anatema ardiente
que sus aspiraciones purifique
y que convierta su blasfemia en ruego!
Aquí me tienes a vivir contigo,
libre del mal con que tiznarme pudo
la existencia sombría.
Rey de los vates, la ocasión bendigo
de tributarte fraternal saludo!

— — —

—La libertad es la grandiosa pauta
de la vida del hombre.
La que he cantado en mis humildes versos
no es la pasión desordenada, incauta,
que, de la libertad tomando el nombre,
siembra el motín para que nazca el cisma.
El azote de necios y perversos,
el broquel que los tiros del sofisma
no consignent mellar;
esa beldad viril que guió la mano
de Tell en las montañas de la Helvecia;
la que al cantor de Lara y de Manfredo
mandó a rendir la vida por la Grecia;
la probidad que sin doblarse al miedo,
impávida acomete
la empresa sin segundo
de acusar ante el mundo
a las arteras y funestas bandas,
que encubren la maldad con el bonete
o la toga de níveas hopalandas;
aquella diosa airada que, en la historia,
aparece afrontando el negro encono,
de rétrica memoria,
que apuntó el arcabuz de Carlos Nono;
el espíritu audaz, sereno y recto,
que a Juan Huss infundiera
el sublime desdén por el abyecto
fraile brutal que alimentó su hoguera;
en fin, el culto de la Patria amada
bajo el casco marcial o la levita;
esa llama celeste, acariciada
por la brisa, que plácida murmura
los sacros nombres que en la lid bendita
nos dieron honra y protección segura:
tal es la libertad que yo proclamo,
la que conmueve mi alma en ultratumba,
la que en mis cantos, reverencio y amo!

Noble, hermosa, inmortal dispensadora
de la reina del triunfo!

No el gorro frigio que el Terror adora,
orne tu frente inmarcesible y casta,
que la estola de fúlgidas virtudes
a pregonar tu omnipotencia basta!

Acuda a tus altares
la ciega muchedumbre
y «prorrumpa en seráficos cantares;»
depongan todos sus rencores vanos,
aunque transiten por diversa senda,
y junten, para siempre, en leal ofrenda,
las que fueron ayer sangrientas manos!

Calló el Poeta, y las parleras voces
de los ecos, el canto repetían.

La brisa circulaba en los jarales,
haciendo ruido de invisible coche:
y, con el dulce búcaro entreabierto,
ofrendaban, orquídeas y rosales,
sus fragancias al Genio de la noche!



TOAST

(En un festín íntimo)

Dame que pulse tu laud cadente,
padre Anacreón. en la jocunda fiesta,
do mis amigos danzan locamente,
como el coro de Pan en la florestá.

No comprendo la pena de Plotino
ante la vianda que sabrosa humea,
ni ante el jarrón artístico, en que el vino
sus retozonas linfas espumea.

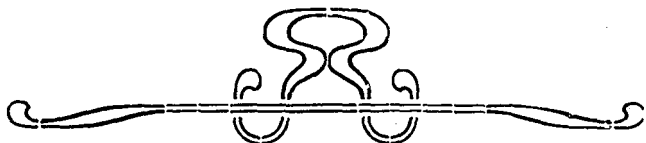
Vivir para gozar: moral sublime!
Noble ejercicio de un feliz derecho,
que del infortunio nos redime
de llevar un puñal clavado al pecho!

Bajo el domo que ofrece este Palacio
celebremos la Misa de la Parra,
en el rito fantástico de Horacio
que excluye el eco de dolor de Larra.

Joven flamenca de perfil risueño,
y del néctar del Rhin, escanciadora:
ábre la puerta de marfil del sueño
a la parranda que la sed devora.

El alba ríe en sus balcones de oro,
Bruselas vuelve a su labor honesta;
Padre Anacreón, en tu laud sonoro
glosé rondales que aplaudió la fiesta.

Palacio de Estío, en Bruselas a 14 de junio de 1902.



MEDALLAS GEMELAS

ATAHUALPA

Nada más triste que un titán vencido
por la perfidia de enemigo aleve;
la clava deja, y a confiar se atreve
en la noble amistad que le han mentido

El cetro, que lo hiciera asaz temido,
en la robusta diestra no se mueve
como emblema imperial: es sólo un leve
despojo inútil del poder caído.

Pero la sangre que regaron viles,
de la ambición en los siniestros planes,
como lluvia de pródigos abrilés,

Cayó en mi tierra hermosa y soberana,
para hacer más horrendos sus volcanes
y retemplar el alma ecuatoriana.

CAUPOLICAN

Es el genio indomado de una raza
que sufre la nostalgia de su tierra:
en los dominios del romance, aterra,
viéndolo armado de potente maza.

Por yelmo, la melena; y por coraza
membrudo pecho, que atezó la guerra;
tiene en la frente surcos, cual la sierra
que el rayo de los Andes ataraza.

De este adalid, cuya mirada brilla
como flama de incendio, procedieron
las fieras huestes que cantara Ercilla;

Y los valientes de inmortal memoria
que en el barco de Prat desaparecieron
en los mares celestes de la Historia!





EXCELSIOR

Al General Eloy Alfaro

En la Inauguración del Ferrocarril del Sur

¿Salió el mundo de la Nada?
¿Quién al fresco pintó el ciclo?
¿Quién estimula mi anhelo
por existir? ¿Mano airada
vibra del rayo la espada?
¿Dónde está la levadura
que, al crisol de flama pura,
produce tan bellas cosas,
como son las dulces rosas
y la helénica hermosura...?

La razón es el motor
poderoso que gobierna
esta máquina que eterna
vuelve la ley del Amor.
Toda causa de dolor,
lo es de gérmenes de vida;
en el tóxico homicida
se halla el cordial generoso,
y en el piélagos zañoso
vive la perla escondida.

Abro el libro de la Historia
y en sus lecciones me abismo,
qué injusto es el egoísmo
es sus luchas con la gloria!
Pesa más la vil escoria
que el noble metal radiante;
y, de los jueces delante,
más de una vez ha triunfado
sobre el derecho sagrado,
la bella Friné arrogante.

A medida que decrece
la sombra del mal aciaga,
al hombre de bien halaga
el trabajo que ennoblece
Más grande campo hoy se ofrece
a la acción reparadora:
salud, pueblos, la aurora
del porvenir, en el grito
con que llama a lo infinito
la rauda locomotora!

Viene cargada de dones
de las modernas ideas,
dejándolas en aldeas
y en antiguas poblaciones.
Palpitan los corazones
a su paso de centellas;
se olvidan rancias querellas
por admirar un portento
que avanza, cimera al viento,
bajo un zodiaco de estrellas.

Todo lo vence el empuje
de la rueda crepitante,
que a su fuerza desbordante
no hay otra que sobrepuje.
En la selva es león que rugie;

en la cima fragorosa,
cóndor de luz jubilosa;
y es sobre el arco del puente,
que retrata la corriente,
una sierpe fabulosa.

¿A dónde no va o no trepa
el titán del pensamiento?
El sublime firmamento,
la virgen y helada estepa,
a su curso de Mazzepa
nunca robaron el brío;
y, dueño de su albedrío,
vencedor de la protervia,
puede decir con soberbia:
el vasto universo es mío!

Patria hermosa, que en el mundo
descubierto por Colón,
es tu suelo un corazón
para el bien, sano y fecundo;
proscribe el inverecundo
fanatismo que te enerva,
tus maravillas acerva,
y en vez de luchas civiles,
que visiten tus pensiles
Ceres, Pomona y Minerva!

.....

¡Quién sabe si en este día
de esperado desagravio,
dice su elogio hasta el labio
de torpe venganza impía..!
Hoy para el Genio sería
la copa de acíbar, grata:
porque la mano que, ingrata,
deja un noble pecho abierto,
sin pensarlo, ciñe al muerto
siquiera un lauro de plata!

1914

Guayaquil a 5 de julio

Señor Alberto F. Roca B.

Presente.

Inconsolable amigo mío,

He seguido, paso a paso, con el interés de quien es padre y teme que la muerte le arrebatase también la niña de sus ojos, la amada primogénita, esa cruel enfermedad que ha puesto fin a los días de radiosa juventud de la que fué tu muy gentil prometida Srta. Enriqueta Ester Fassio. Estás, con razón, consternado, pero no solo en tu duelo; porque si digo que medio Guayaquil llora la ruina de tanta belleza, de candor tan celestial, no exagero en nada, y es la verdad. Estos momentos de piedad general salvan el honor del corazón humano, comprometido en el desprestigio de actos de salvaje rudeza.

La participación que tomo en tu pesar, debo explicártela en pocas palabras. La historia encantadora de María Estuardo me ha arrancado siempre lágrimas de ternura; y, no sé por qué, la pérdida del hermoso cuadro de la Gioconda me ha hecho estremecer en hondo sufrimiento, al imaginar que mano criminal había destruído ese lienzo divino, esa nobilísima carne del Arte, que parece animada—como lo estuvo la que acaba de entrar al inmenso crisol de la tierra—por el soplo mismo de Dios, confiado a Leonardo de Vinci, para que sólo se reprodujera en la admira-

ble hija que todos conocemosEl asunto creo que es de estesia, y nada más. Un ritmo más fuerte que de ordinario en la sublime víscera del hombre, hace brotar a los ojos esa perla exquisita que la Poesía engarza en su oro purísimo, para los collares póstumos de las difuntas bellas.

He aquí, buen amigo, por qué el extraño de ayer, es casi un deudo hoy que sabe lo que padeces, y lo sabe como padre y como artista. Sí, tu dolor es el de todos los que han visto eclipsarse un astro hermoso y han exclamado, como no recuerdo cuál santo,—que debió ser también un excelente poeta pasional: «Cerré los brazos, pero ya había perdido a aquella que abrazaba!»....

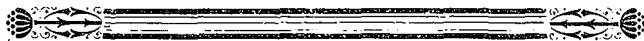
Se te ha escapado, Alberto, la sombra hechicera formada por Dios en un momento de magnificencia; se ha desvanecido cuando menos lo esperabas, porque la habías visto en la mañana, brillante y graciosa, como la flor de que nos habla la Escritura; y ya por la tarde, al acercarte a ella para aspirar su aliento de vida, la encontraste seca, inclinada sobre el cáliz, incubándose quizás en el búcaro frío, el guzano roedor...

De este dolor sincero ha nacido mi soneto, que ojalá tuviera el honor de esculpirse en el mármol pario del túmulo de tu blonda virgencita, de aquella leda criatura para la cual se diría que Malherbe compuso también sus célebres versos henchidos de dulzura y expresión:

«Era del mundo, donde las cosas
más bellas tienen peor destino;
y, siendo rosa, como las rosas,
vivió un crepúsculo matutino».

Te abraza, cordialmente,

F. J. Falquez Ampuero



LAPIDA

(Para la tumba de Enriqueta Ester Fassio)

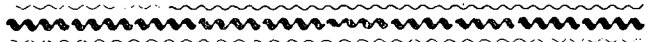
Cuando abriste los párpados, graciosa,
a los efluvios mágicos del día,
es fama que en tu cuna hubo porfía
de las deidades, para hacerte hermosa.

Venus quitóse el ceñidor de rosa,
para darle a tu cuerpo la armonía
del color y la línea, que tenía
al emerger del piélago, la diosa.

Minerva, en casto beso, sus virtudes
depositó en tu frente nacarada
que admiraron galantes multitudes...

Ave de lumbre, al remontarse al cielo,
te deja el alma--mustia, abandonada,
como queda el nidal después del vuelo..!





EL CALIZ DE FIDIAS

Al laureado vate Nicolás A. González

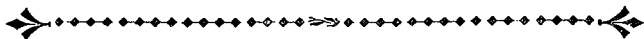
Para servirse el néctar purpurino
de siciliana cepa embriagadora,
en el seno de núbil pecadora,
Fidias, un cáliz modeló divino.

Depósito mejor no tuvo el vino;
pues, cinceló el artífice, la Aurora,
el Sátiro y el ave seductora
junto al pecho de Leda, alabastrino.

Eran las ansas jóvenes bacantes
de cinturas flexibles y elegantes
que abreviar en la copa figuraban.

Y, al terminar la fiesta vespertina,
creyó siempre de Fidias la retina
que también ellas ebrias lo miraban...





FUEGO

Sacro aliento de génesis fecundos,
que en esfuerzo prolífico desatas
tus grandiosas y eternas cataratas
de resplandores alios y jocundos!

De tu inmensa matriz, salen rotundos
aquellos soles, cuya luz dilatas
en elípticas de oro, por las gratas
profundidades de remotos mundos.

Tus buriles, los pule como gemas,
para nobles y fúlgidas diademas
que ostenta la vitrina del espacio!

Próvido activas tu crisol hirviente,
donde se acendra, al dardo refulgente,
la Inspiración, como inmortal topacio.



AGUA

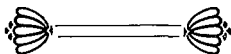
Bajo el palio de estrellas luminosas,
cual radiante y sonora pedrería,
cantan y ondulan, ebrias de alegría,
las gotas en miríadas fabulosas.

Pero si enormes fuerzas misteriosas
las combaten, aumentan su energía:
y el mar se torna fúlgida armería,
donde se templan láminas vistosas.

Alto bien es el agua, (1) cuando el cielo
la vierte de sus ánforas al suelo
y flores gayas renacer permite;

¡Es alegre, si en juego de colores,
la vomitan, cual grandes surtidores,
los iracundos potros de Anfitrite.

(1)—Píndaro





EL FIN DE UN CORTESANO

A Efrén Alvarez Lara

Cansado de salvar la inútil vida,
complaciendo los vicios del tirano,
Petronio escribe, con resuelta mano,
su epístola sangrienta al parricida.

Escucha la sentencia fementida
con ademán irónico y liviano,
y se apresta el magnífico romano,
sonriendo, a la postrera despedida.

Adornaban con flores la bañera
cortesanas vertiendo amargo lloro,
mientras rugía el populacho afuera...

Y, cual se dobla el loto en la corriente,
al terminar un dáctilo sonoro
el bardo inclina la gallarda frente!





SALAMBO

[Impresión del libro de Flaubert]

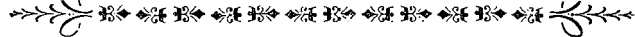
Del palacio en la espléndida azotea,
vistiendo la cimarra de colores,
Salambó contemplaba sus alcores,
como un ave lujosa el valle otea.

La sofocante brisa que le orea
el ambarino rostro, lleva olores
de la mar de Cartago, y los vapores
de los muros que abraza luz febea.

Sus ojeras son grandes y azuladas;
las ajorcaas, de plata reluciente;
las sandalias, de puntas encorvadas...

Detrás de los esbeltos campanarios
de Túncz, ha mirado de repente
los bárbaros en viejos dromedarios...





SANGRE Y ARENA

A Isaac J. Barrera

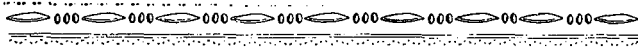
El pueblo acude a la función de gala,
cual la plebe de Roma al Coliseo.
Hay de telas suntuoso cabrilleo,
mil abanicos en batir de ala.

El sol en chorros de color resbala
sobre capas y mantos en coleo;
las manolas de rítmico ceceo
destellan como luces de Bengala.

Por los palcos, en ánforas de arcilla,
ofrece la ojinegra gitanilla
sus refrescos, que aceptan las hurfes.

En la arena, do expira un bravo toro,
enjuga el diestro, de chaqueta de oro,
su estoque tinto en gotas carmesíes.





EL LEGO

[Cuadro local]

Con el primer albor de la mañana,
caballero en escuálido jumento,
por la vetusta arcada del convento,
sale a implorar la caridad cristiana.

Le ofrece un piscolabis, la serrana
que le tiene sorbido el pensamiento;
se achispa al fin, y llega ya un momento
en que no oye la voz de la campana...

Y al disiparse el humo de los tragos,
de un adiós en los últimos halagos,
toma el lego la ruta que serpea...

Es la tarde de luces intranquilas,
se oye el dulce clamor de las esquilas
y las sombras envuelven a la aldea.





EL GAUCHO

Su orgullo no soporta vasallaje,
libre en el potro por la pampa vuela,
y abre el casco, de chispas, una estela,
en su marcha de hipógrifo salvaje.

Enredada con tiras de pelaje
rasga el ijar en convulsión, la espuela;
en quimeras de lumbre se revela
la soberbia hermosura del paisaje.

Allá va con la triple cuerda al viento,
cual bolido que cruza el firmamento,
visión dejando en la pupila grata.

Su épico torso se hunde en los ardores
de una tarde, en que triunfan los colores
que acarician los céfiros del Plata.



ANIVERSARIO

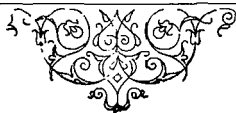
Bajo tu kiosko de verdor luciente,
junto a mi pecho, que de amor latía,
estaba el tuyo que pasión fingía
con el hechizo de tu labio riante.

Tu pupila negrísima y ardiente
nunca ha mentido como en ese día,
en que tu linda mano, a sangre fría,
partióme el corazón, traidoramente.

Desde entonces, que no hace más de un año,
al recordar tan hondo desengaño
vierte la llaga sus postreras gotas;

Y, a semejanza del alción herido,
llevo, para formar el nuevo nido,
un haz de plumas de mis alas rotas.

A bordo del Steamer "La Martinique"





MIS VERSOS

(A una amiga)

Afirmas que son mis versos,
porque te lo dice Enoe,
amargos como el aloe,
para las bellas, adversos;

I que llevan escondido
en la flor de poesía:
¡malévola fantasía!
un áspid: el del olvido!

Esta parece mentira
de algún colega envidioso
que me juzga muy dichoso,
porque eres tú, quien me inspira.

Pero si quieres saber
de este caso la verdad,
escucha, por caridad,
lo que puede un verso ser:

Voz sonora y elocuente
de la lengua de los cielos
que traduce los anhelos
más sublimes de la mente;

Astro que rápido avanza
y que mudo admira el hombre,
divo espíritu sin nombre
que anuncia eterna esperanza;

Gigante ola que en los mares
procelosos de la vida,
suspira, dulce y sentida,
la canción de los pesares;

Nota de olímpico coro,
sordo rugir de tormenta,
alba espuma que revienta
en playa de arenas de oro;

Aroma ideal, precioso,
de la tímida violeta;
sueño azul, fruición secreta
por lo bello y generoso.



Cuando la Patria lo quiera
serán rayos vengadores,
fustas para los traidores
de su Credo y su Bandera.

A los campos de batalla
llevarán doble corona,
para el que triunfos pregona,
para el que hirió la metralla.

Ya ves que no son mis versos
amargos como el aloe,
ni como te dice Enoe,
a las beldades adversos.



Mármoles Lavados



*Con los señores doctor Rafael
II. Elizalde, Gabriel Pino Roca,
Pedro P. Gómez G. y Jacinto Jou-
vin Arc, que me han estimulado
con sus benévolos aplausos en
la traducción de estas poesías,
cumpla deuda de reconocimiento,
dedicándoles ahora las sencillas
muestras de mi admiración res-
petuosa a los Maestros de la
lírica francesa, a los Hermes del
verbo poético.*

F. J. F. A.





AL CAÑON V. H.

[Victor Hugo]

ESCÚCHAME, que pronto lo vas a ser del mundo.
cañón de trueno horrendo, guerrero formidable,
hipógrifo que en ira sublime te desbordas,
mezclando a tus rugidos, con zaña inagotable,
flamígeros turbiones de tus entrañas sordas.
Tú, que la ciega muerte derramas sin descanso;
tú, que esta sacra Villa defenderás, valiente,
recibe de mi labio, para el humilde, manso,
la bendición, que es alba divina en el Oriente.
En la civil contienda, cañón, tu voz no rija,
pero del lado odioso del invasor, vigila:
ayer no más salistes de fragua resonante,
y bello.—de mujeres entre la absorta fila.—
marchabas al reducto, con gesto amenazante,
a repeler del cimbrío las taladoras bandas.
París, contra los reyes, espera de los pueblos
justicia que condene las torpes y nefandas
crueldades, que deshonoran al vencedor impío.
La lucha nos aguarda, tu paso precipita,
ven, hijo, hacia tu padre, doblemos nuestro encono;
ven, presto, que la Patria tus fuerzas necesita!
Oh! vengador solemne, que mi plegaria aceptas
desde el baluarte erguido: tu bronce soberano
infiltrame en el pecho para el combate rudo,
y mi alma toma, en cambio, contra el feroz germano!

Saltando entre montones de piedra tu rodaje,
con el arcón repleto de tarros de metralla,
serás por férreo músculo en triunfo levantado
hasta la cumbre excelsa de la gentil muralla,
donde París alerta, con ademán osado,
el sable diamantino de sus victorias blande:
entonces no dormites, cañón. ni te apacigues!
I, pues que soy el hombre de bien de la indulgencia
que el bálsamo celeste de la piedad prodiga,
el sembrador sin miedo del grano de la idea
que en el sinai del Foro, como en la roca hirviente
del Ostracismo. clama contra la infanda tea
que de la paz los dones magníficos consume;
yo, que a los grandes fines del Hacedor elemento,
con el tesón honroso de mis postreros años
he guiado las vanguardias de la razón cristiana,
siendo de vidrio mi alma para sentir los daños
de los humildes parias de la justicia humana;
yo, que por biblia tengo el amor que purifica,
por lema la concordia y la guerra por infame
rezago que la historia de crimen califica:
te pido,—ya que el nombre de Víctor Hugo llevas,—
que sin cesar vomites desolación y estrago,
que no se extinga el fuego de tu garganta horrible;
pues, cuando el mal se anuncia con formidable amago,
en ira el amor santo su natural permuta;
el alma jamás puede sufrir el torpe yugo
con que vejarla quiere la vil materia bruta;
y Francia, que es la madre de las naciones libres,
emporio de las ciencias y olimpo de las artes,
a la barbarie, en nombre de la cultura, debe
hacer la guerra santa, y alzar un muro enorme
con que París y Europa, del exterminio, puedan
salvar los nobles seres, vestales candorosas
que Libertad, Progreso, Fraternidad se llaman.
Si el rey teutón no fuere vencido, las hermosas
imágenes que el mundo venera, pasarían
como fantasmas tristes que un vengador reclaman.

El César es un tigre, y el pueblo que lo sufre
la presa es que en sus fauces sangrientas agoniza.
La Francia, para todos, la Gloria simboliza,
y en sus fecundos senos el porvenir se incuba;
por eso quien la ataca se tizna con el crimen
de ahogar un feto augusto que bienestar promete.
Cuando el relincho agudo del alazán de Atila
discurre como un trueno por el confín distante,
el Alma humana, al modo de la soberbia Roma,
debe volverse diosa; París ser un gigante!

I los cañones, hijos de la armoniosa Lira,
que de la azul estrofa reciben la existencia,
sabrán cumplir el Voto que el patriotismo inspira
tronando en el reducto con férvida elocuencia.
El pensador y el vate de bondadoso ceño,
delante de los reyes del Mal y sus ministros,
predicarán el dogma que resistir les manda
con lumbre de los astros el formidable empeño
de las infames huestes que el retroceso guía.
Luchar, herir sin tregua, vencer la Tiranía:
tal debe ser la norma de todo altivo brazo.
Yo sé que es obra buena, contra enemigo aleve,
hacer que un rayo de alba se torne en fogonazo!





LA SULTANA FAVORITA

(Victor Hugo)

Pérfida como la onda

Shakespeare

Por complacerte, sultana esquivia,
blondas cabezas te sacrifico;
deja que el resto sin miedo viva:
el hacha odiosa que las derriba
¿está de acuerdo con tu abanico?

Calma tu encono, bella judía,
gracia te pide todo el rebaño:
si eres princesa, no seas impía:
ya no demandes, sonriente y fría,
víctimas nuevas desde tu baño.

Cuando preparas siniestros fines
asiento buscas en mi rodilla;
y en el concierto de mis festines
tus dulces ojos, proyectos ruines
velan con mimos de briboneilla.

Eres el tipo de las celosas,
pecho de acero, sombra fatal;
para mis otras mustias esposas
perdón te imploro. ¿Cuándo a las rosas
del musgo, humildes, ahogó el rosal?

Soy todo tuyo! No estés incierta.
Cuando mis brazos ciñan tu cuello
deja que lance, junto a la puerta,
la desolada grey inexperta
suspiro triste, ferviente y bello.

Como la pura corriente mansa
deja que pasen mis cien mujeres:
¿por qué su llanto tu ardor no amansa?
Joven querida, ven y descansa.
¿o es que matarlas, al fin, prefieres?

Tuyo es el cetro del pueblo moro,
tuya la noble y rica Stambul
que alza sus grandes mástiles de oro,
como una flota que el mar sonoro
infla las velas de raso azul.

I mis beduinos más elegantes
que en horas salvan enormes leguas,
son tus esclavos! Velos jadeantes
luciendo al aire rojos turbantes,
y caballeros en raudas yeguas.

Tuyas, por siempre, las poblaciones
de Trebizonda, Morul, Bassora:
Chipre que es grata a los corazones,
Fez que doquiera la planta pones,
de rica arena se cubre y dora.

Tuya es la Esmirna, cuyos primores
las verdes olas van a cantar;
y el sacro Ganges que de clamores
las viudas pueblan, por sus amores
muertos al tiempo de comenzar!

El rey Danubio de ledas brumas
te hace de arrullos dulces presentes:
y, coronado de eternas plumas,
vierte el acervo de sus espumas
desmelenadas en cinco afluentes.

¿Temes la griega, que es una estrella,
o al lirio pálido de Georgia?
¿Celos te infunde la negra bella,
la tigre joven que amor destella
por esos ojos, do estuvo el día?

Ya no me importa de alguna amada
morena o cándida, el arrebol:
tú no eres blanca, ni eres bronceada,
pero a los besos fuistes dorada
del africano pródigo sol!

No más incites, contra estas flores,
el duro cierzo que las azota;
celebra el triunfo de tus amores
y no me exijas ya, cuando llores,
una cabeza por cada gota.

Piensa en tu baño de ámbar y rosa
que olean las brisas de un platanal,
y en la tartana del golfo airosa;
mas, no te enfade si cambio esposa,
pues sois las perlas de mi puñal...





LA ANDALUZA

[Alfredo de Musset]

Cuando las calles alegre cruza,
habéis notado que mi andaluza
tiene en el paso suave temblor..?
Es la sonrisa de Barcelona,
mi bien querida, mi fiel leona
en el delirio de intenso amor!

Los elegantes de los paseos,
que la conocen por sus meneos,
al verla dicen: «ven hasta aquí!»
Pero se aleja pálida, airosa,
como una tarde de otoño hermosa,
la marquesita del Amagüí.

Tiernas endechas hice a sus ojos,
que son la causa de mil enojos,
y heine batido para su bien;
por sus encantos, que en gasa vela,
ay! cuántas noches, de centinela,
junto a la esquina quedé también.

Nadie la quiera, que es toda mía:
las grandes cejas que dora el día,
su talle frágil como el carey;
la pierna blanca, redonda y cuca,
y la cascada que de la nuca
baja cual manto de altivo rey.

Mío es el cuello que dócil pende
sobre los hombros, cuando descende
para sus ojos, sueño de luz;
la basquiñita que a su cadera
le presta forma más hechicera,
y su parlero timbre andaluz!

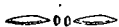
Míos los brazos en sus mitones,
cuando derrocha por los salones
su *esprit*, que es ópico del corazón;
y cómo adoro sus boreguíes
en cuyos lazos, vivos rubíes
destellan lumbres de tentación!

No tenga nadie la ingrata idea
de requebrarla, si centellea
su ágil mirada, rayo de Dios;
ni por las vírgenes de Castilla
toque la fimbria de su mantilla,
porque le rompe la espalda en dos.

Soberbia en medio de su abandono,
es una reina que olvida el trono
por la blandicia de su diván;
el níveo seno es de pulcra hechura,
su beso es casi una mordedura,
y hay en su boca gritos de afán...

Ebria de gozo con voz lozana
canta las glorias de la mañana
en el secreto del camarín,
donde, al calzarse media de seda,
ciñendo el flanco que se aboveda,
crugen las varas en el satín.

Vamos, mi paje, tras emboscadas,
do nos esperan cien estocadas
que noche amiga sabrá ocultar:
y en Guadalete, como en Tolosa,
mi cantinela dulce y sabrosa
a sus alcaldes haga rabiar.





EL RHIN ALEMÁN (1)

(Canción de Becker)

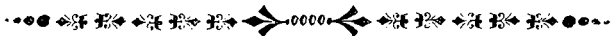
De la traducción francesa

No lo tendrán el Rhin, que es de Alemania,
aunque lo pidan con el rudo grito
que en sus riberas mágicas se pierde:
mientras arrastren sus oleadas blondas
del viejo río la erinera verde;
mientras le quede a la barquilla un remo
para cortar las ondas.

No lo tendrán el libre Rhin famoso,
en tanto que ardoroso
su noble vino inflame las pasiones;
en tanto que las rocas
saquen sus calvas frentes
en medio de los plácidos cristales,
do se copian las torres imponentes
de antiguas catedrales.

No serás suyo ¡oh Rhin! mientras reciba
la virgen sensitiva
la plática del joven aldeano,
y mientras el sudario no recoja
de tu corriente roja,
el cadáver del último germano!

(1) Esta bella canción fué muy popular en Alemania cuando los acontecimientos de 1840.



EL RHIN ALEMÁN

[Respuesta de Musset a Becker]

Fué nuestro el Rhin. Sus linfas mitigaron
la sed de nuestros labios en la guerra.
¿Puede el verso con débiles acentos
borrar la huella que al pasar dejaron
mil bravos regimientos,
en las campiñas de esta blonda tierra?

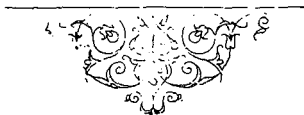
Fué nuestro el Rhin, y su regazo lleva
de nuestra espada cicatriz profunda,
desde el momento en que Condé arrogante
tiró el invicto acero de la funda,
y abriendo senda a su legión pujante,
después de hollar el verde
ropaje secular del noble río,
salvó la orilla de risueño aspecto
que en lontananzas mágicas se pierde.
Por donde el padre en gloria fué aclamado
el hijo ha de pasar también loado!

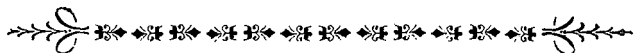
Hemos tenido vuestro Rhin hermoso,
cuando reinaba el César poderoso
que hizo inclinar las frentes alemanas;
y entonces, ¿do estuvieron las virtudes
de vuestra raza? Necias multitudes
érais no más. Las nítidas sabanas
de vuestras urbes lánguidas y añejas,
la sombra del Coloso reflejaron,
sin que podáis decir que devoraron
al «último germano», las cornejas!

Hemos tenido el Rhin, y es vano empeño
negarlo para mengua de la historia;
mas, si lo quiere vuestro afán pequeño,
nos salva del olvido la memoria
que guardan de nosotros las doncellas
de las riberas de este Rhin famoso,
cuando al vaso del joven peregrino
vertieron dulce vino,
suspirando de amor sus almas bellas...

Si es vuestro el Rhin, lavad en su corriente
la empolvada librea
del lacayo que se alza a caballero;
y cesando de hablar altivamente,
cuántos fuisteis en lucha contra el Genio?
Como nube de cuervos repugnantes,
sólo visteis al águila en el día
de la venganza impía,
para roer sus miembros palpitantes...

Que ruede en paz, los límpidos cristales
copiando sus antiguas catedrales,
vuestro Rhin alemán!
Pero temed que la canción obscena
en la báquica fiesta no despierte
de su marasmo inerte,
las grandes sombras de Austerlitz y Jena!





EL CREPUSCULO DE LA MAÑANA

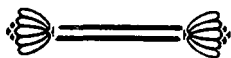
(*Carlos Baudelaire*)

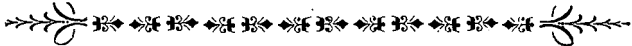
En los patios de todas las casernas
comienzan a tocar la alegre diana;
con el primer albor de la mañana
se apagan, temblorosas, las linternas.
El enjambre de ingratas pesadillas
vela el lecho del blondo adolescente;
en la mesa repleta de cuartillas,
como un ojo sangriento, parpadea
roja luz que en la cámara silente
funde la blanca claridad febea;
combate el alma a la materia ruda,
imitando el empeño que sostienen
en la alcoba, la lámpara y el día;
el aire, lleno de temblores, suda
para los campos nítido rocío
que seca el astro pródigo y radioso,
con la eficacia de la mano amiga,
que enjuga llanto de dolor impío,
y si no lo contiene, lo mitiga.

De los tejados a subir comienza
el humo del hogar, azul y leve;
las hijas del placer, libre la trenza,
agotadas, nerviosas, bostezantes,
duermen el sueño estúpido del vino
que su lasciva humanidad commueve;
del arrabal por las oscuras puertas
salen viejas mendigas tiritando,
guiadas por el tizón de los fogones
que en sus lívidas manos van soplando.

Es la hora en que sienten las preñadas
crecer las dolorosas impulsiones
de las maternidades desgraciadas;
como acceso de tos ronco, sangriento,
rasga el grito del gallo las neblinas
que envuelven las fachadas de cemento.
En la sala de antiguos hospitales
lanzan vanos quejidos los pacientes
o agonizan con hipos desiguales;
mientras vuelven de fonda y garitos,
por las hermosas avenidas quietas,
las figuras de vates trasnochados
en medio de gendarmes y grisetas.

Sensible al hielo que despide el Sena
y arropada en su peplo rosa y verde,
surge la aurora, cándida y serena.
Abre París los soñolientos ojos
que frota con su mano encallecida;
y, para alzar palacios y verjeles,
junto a la fragua apenas encendida,
como viejo artesano laborioso,
empuña con audacia sus cinceles.





EL RETRATO

[Carlos Baudelaire]

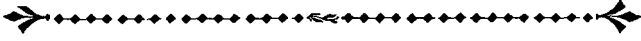
El Dolor y la Muerte, en junta impía,
extingieron el brillo delicado
de tus ojos, y el ámbar regalado
que el cáliz de tus labios contenía.

Y dejaron cual ánfora vacía
tu seno de suspiros esponjado...
¡Oh crueldad! de modelo tan preciado
queda sólo borrosa tricomía,

Que el Tiempo, anciano inexorable, hierde;
que, como yo, en la soledad se muere,
de prolijos cuidados a despecho...

Asesino del Arte y la Hermosura,
no podrás, tu furente mordedura,
herir su imagen, que grabé en mi pecho!





EL ALMA DEL VINO

(Carlos Baudelaire)

Era la tarde, cuando el alma riente
del vino, en la botella, así decía:
«Desde mi cárcel de cristal fulgente,
hermano, un canto mi piedad te envía.

Yo sé el ardor con que en la vid trabaja
tu brazo al sol, en la gentil colina,
y que a mis cepas, de tu frente baja,
el raudal que abundante la ilumina.

Ingrato no me juzgues. Tus amores
exalto cuando ruedo en tu garganta,
y hallo en tu ser tan plácidos ardores
que ya no hervir en el tonel me encanta.

En el domingo aumento tu alborozo,
cuando en la mesa de emparrado fuerte
tu voz me canta, y llega hasta el sollozo
que en tus pupilas móviles se advierte.

Ardo en el rostro de tu bien querida,
como en las rosas de tu bello infante,
y, de este atleta frágil de la vida,
haré con mi óleo un gladiador pujante.

En tí mis linfas, con placer, derramo
para que nazca espléndida poesía,
como brota ante Dios, de hermoso ramo,
la flor que el broche en sus joyeles cría».





EL PERFUME

(Carlos Baudelaire)

Lector, alguna vez has respirado
con intensa fruición, la suave bruma
de incienso con que el templo se perfuma,
o el corpiño de almizcle saturado?

Encanto misterioso del pasado
en el presente! tu recuerdo exhuma
esa cálida esencia que sahuma
el dulce cuerpo del objeto amado.

De sus trenzas elásticas y gruesas,
pebetero viviente de la estancia,
se desprende el olor de las dehesas;

Y su traje de blondas y caireles,
impregnado de enérgica fragancia,
el vaho exhala de olorosas pieles.



PODREDUMBRE

[Carlos Baudelaire]

Caminabas asida de mi mano,
lo recuerdas, mujer? Era el estío.
Un cadáver, pudriéndose malsano,
de un angosto sendero en el desvío!

Y sus patas en cínica postura
el reventado vientre descubrían,
donde el sol preparaba la cultura
de los venenos, que a su luz hervían.

Miraba el cielo ese armazón inmundo,
como una flor abrirse sin reserva:
sintió tu pecho un malestar profundo
y, en desmayo, rodaste por la yerba.

Negro enjambre de moscas aleteaba
sobre aquellos despojos de materia,
en que un pueblo de larvas devoraba
los miserables restos de la feria.

Con el vaivén perenne de la onda,
o rebullendo con fugaz tronido,
la horrible podre se volvía redonda,
cual si la hubiera un hálito impelido.

En la música extraña del fermento
detuvimos un rato la mirada:
había rumores del nocturno viento,
voces de la corriente soterrada!

En sucesión policroma imprevista
pasaba la carroña genitoria,
semejando contornos que un artista
va a fijar en el lienzo, de memoria.

Tras de unas rocas, con semblante inquieto,
un escuálido perro nos espiaba,
aguardando volver al esqueleto
del que nuestra presencia lo alejaba.

¿—I pensar que también tus gracias bellas
serán en podredumbre convertidas?
¿Torpes gusanos dejarán sus huellas
en ocultas turgencias coloridas?

¿No habrá piedad para la más hermosa,
para la que es del trovador consuelo..?
Muere lo mismo el ave, que la rosa,
y que la estrella del remoto cielo!

Pero a cubierto de tan vil destino
está el Amor que la virtud depura;
el vermes de las formas asesino
no secreta para él su baba impura!



LA CAZA DEL AGUILA

(Leconte de Lisle)

Aguila parda de pupilas de oro,
del cielo de Mongolia, refulgente,
abre sus grandes alas, lentamente,
como un inmenso parasol umbrío;
y gravitando, en el azul, inquieta,
explora el fondo del abismo negro,
mientras del monte, en el abrupto flanco,
añuera saca el aguilucho implume
su cuello débil, convulsivo y blanco.

En las estepas y planicies que honra
con sus dones la pródiga Cibeles,
de ojos velados por crinera espesa
pacen dispersas hordas de corceles.
Unos relinchan llenos de alegría,
bufan los otros y doquier cocean,
y el más gallardo que la banda guía,
al viento suelta la elegante cola,
como animado de imprudente vértigo
salva la pampa escandecida y sola.

Hierve la luz en ténue burbujeo.
emerge el Astro, como globo en llama;
y el ave negra de infalible vista
que aguza el hambre, al aumentar su rabia
siente crecer, por grados, su deseo.
Mas, no descubre en el candente espacio
ni en la pradera, do el aljófara riela,
gentil gaviota de alas de topacio
o triscadora y cándida gacela.

En la impaciencia de su orgullo herido
al viento lanza bélico chirrido,
y al golpe audaz de sus membrudos remos
en giros varios se debate y sube
envuelta en llamas de espiral grandiosa,
que vomitan las fauces de la nube.
El fuego del ambiente la sofoca
sin divisar la presa que reclaman,
con hondos gritos, sus inermes crías
desde el abrigo de escarpada roca.
No importa el tiempo que en la caza emplea,
si ha de aplacar la férvida canina
con los despojos de feral pelea
o la sucia y disyecta mortecina.

Luciendo el raso de su piel brillante,
albo corcel que rige la mesnada
en la llanura espléndida retoza
lejos, muy lejos de su yegua amada.
De pronto asorda el horizonte en ascuas,
como airado clarín, febril relincho,
y la confiada tropa que pacía
la fresca yerba, acude en el momento
del peligro advertida que corría.
Y en cálido humo, que escarmena el viento,
se ofrece envuelta la nariz tremente
del noble bruto que en terror piafaba;
cuando a modo de ingrata pesadilla
que desciende veloz sobre la mente
que al amor del ensueño descansaba,
rápida el ala formidable cae
sobre el hermoso y enarcado cuello
que en espasmos de muerte se contrae,
y lo destroza y estrangula. Atenta
al estupor que el imprevisto golpe
en la angustiada víctima produce,
hunde su corvo pico en la pupila
y con violento impulso la revienta.

Entonce el potro se encabrita ciego,
tiemblan sus breves piernas, mientras corre
llevando el ave a la cerviz prendida
como penacho de dolor eterno,
y, entre las sombras de ese atroz infierno,
quiere en la fuga recobrar la vida.

· Allá va con las cuencas excavadas,
y largos hilos de su hirviente sangre
manchan la senda que recorre en vuelo;
mas, su verdugo sin piedad le hostiga
queriendo pronto terminar el duelo.
Todo es inútil: la tremenda garra
es cada vez más ruda, y la fatiga
sobreviene al corcel que en loco escape
cruza la vasta soledad que un día
feliz lo viera, rozagante y bello.
Brusco se para, cae en agonía,
pobre de esfuerzo, mustio, trasijado,
cual si en la pampa, do gentil vagaba,
lo hubiera una centella fulminado.

.....
Después, al sol de los nativos campos
los rotos huesos del bridón blanquean,
y de la tarde a los postreros lampos
el ave negra de mirar quemante,
en quien la astucia y el valor chispean,
vuelve llevando, al encumbrado nido,
un pedazo de carne palpitante.





PAISAJE POLAR

(Leconte de Lisle)

Gélido mar azota socavando
de un mundo yerto la inferaz ribera;
en la noche polar, silente y fiera,
pesados lurtres viajan zozobrando.

Bajo lívido cielo, resoplando
el bóreas cruza en perennal carrera,
y de su férrea trompa vocinglera
parten los ecos en tropel aullando.

En los cabos de argento trepidantes,
vieja estirpe de dioses, congelada
duermeen en sus tumbas de cristal flamantes.

I, voluptuosos, lípidos y excépticos,
en el banco que lento sobrenada
van los osos de cuellos epilépticos.





LOS ELEFANTES

(Leconte de Lisle)

La roja arena, como el mar, extiende
sus torpes ondas en inmenso plano;
al horizonte la espiral asciende
de humo cobrizo del hogar gitano.

Harta de presa en el cubil, la fiera
tropa de leones duerme indiferente;
y bajo el dátíl, que ama la pantera,
abreva la jirafa en clara fuente.

Reina el silencio. Por el ancho cielo
ni un ala cruza que despierte brisa;
el boa dormido en el caldeado suelo
mueve su escama que la luz irisa.

Mientras se incendia el vasto firmamento
y todo yace en soledad inmensa,
a la tierra natal, con paso lento,
los elefantes van en nube densa.

Aquel que a la cabeza se mantiene
y es el jefe de todo su partido,
como el tronco de un pino, grietas tiene
en recio flanco y espinazo henchido.

Es el más viejo, y animoso trota
en el sombrío cuadro polvoriento
que sigue a su patriarca en la derrota,
dejando un surco que se borra lento.

Abren la oreja en abanico; hirientes
tábanos rasgan el ijar convulso.
y marchan con la trompa entre los dientes,
plegado el ojo y con sereno impulso.

Insensibles al dardo del insecto
que la rugosa piel les despedaza,
galopan añorando en dulce afecto
la selva virgen do nació su raza.

Verán de nuevo, de la fosca altura,
rodar el chorro para el viejo río,
donde nada, lavando su figura,
el mugiente hipopótamo bravío.

Donde bajaron a beber sin tino,
al fulgor de la luna diseñados,
y dejaban los juncos del camino
por sus enormes cuerpos, aplastados.

Llenos de audacia y lentitud, el duro
médano salvan en la marcha cierta,
y al tramontar el horizonte obscuro
recobra el yermo su apariencia muerta.





PAISAJE

(Leconte de Lisle)

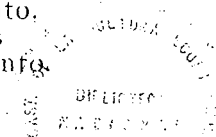
Filtra la red del olivar umbrío
el triunfador Apolo, en amplias brechas,
y en la fulgente lámina de un río
quiebran sus puntas las doradas flechas.

Ebrias de aroma y del calor fecundo
que la dulzura ascendra de sus mieles,
en un latido de élitros, jocundo,
cruzan el aire las abejas fieles.

Está un silvano en el jaral dormido,
la flauta yace junto al brazo, muda;
y sueña que a la ninfa ha sorprendido
en la fuente, bañándose desnuda.

Mientras sonrío a sus mirages bellos,
garrida mariposa baja leve
a posarse temblando en los cabellos,
como un airón de inmaculada nieve.

Las ovejas de cándidos vellones
de los fértiles pastos de Agrigento,
están diseminadas en montones
entre remansos de bruñido argento.



Para alcanzar las nutritivas yemas
la cabra extiende el cuello a los arbustos;
y en formidables choques, sus diademas
traban dos ciervos bravos y robustos.

Más allá de los trigos abundosos
y las sendas do crece el terebinto,
fulge el mar con el lampo magestuoso
de los metales áureos de Corinto.

De pié junto a los haces de melisa
está un zagal bajo la inmensa fragua,
por su bronceíneo dorso se desliza
el reflejo magnífico del agua.

Y, olvidando el humano desconsuelo,
contempla el mar, los sotos y colinas;
mientras la roja claridad del cielo
abre paso a las horas vespertinas.





Sol poniente

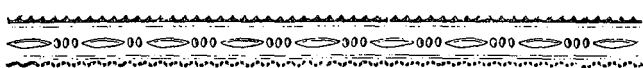
[J. M. de Heredia]

Sobre la enhiesta y fulgurante cima
de agrio peñón de bloques de granito,
crecen los juncos. Su terrible grito
lanza la mar en estridente rina.

Calla el nido. En la tarde que sublima
la plegaria del Angelus bendito,
vuelve a su choza el labrador, contrito
el grave rostro que curtiera el clima.

Por las planicies y riscosas cumbres,
seguidos de mastines, los pastores
vienen guiando las tardas muchedumbres
de sus ovejas, con clamor sonoro.
El sol, como abanico de esplendores,
pliega su viejo varillaje de oro.





El arrecife de coral

(J. M. de Heredia)

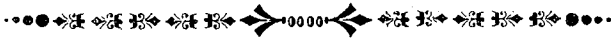
Filtra el sol en el mar risueña aurora,
que ilumina los nítidos cristales
y descubre en sus grutas de corales
inerte fauna y gigantesca flora.

Musgos, algas y anémonas, colora
de rubia lumbre y iodo de sus sales,
la corriente fugaz; amplios ramales
dibuja la tortuosa madrepora.

Extinguiendo los fuegos de su escama,
rueda entre bancos de vistosa lama
un dorado. Su aleta, al removerla,

Fluye rica descarga intermitente,
que disuelve la linfa transparente
en hilos de oro, de esmeralda y perla.





El baño

(J. M. de Heredia)

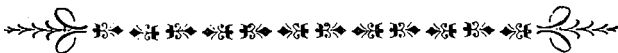
Hombre y corcel con raudo movimiento,
hienden la glauca superficie helada,
y, desnudos, revuelven la onda airada,
que en polvo de oro se deshace al viento.

Respiran inebriados de contento
el acre olor de la extensión yodada,
mientras pule la hirviente marejada
los dorsos que relumbran como argento.

Levanta el ponto sus gigantes vallas,
piafa el bridón soñando en las batallas
y abre su cola en surtidor de brumas.

Avanza el grupo atlético, espantado,
y contra el pecho humeante, trasijado,
desgreña el mar su látigo de espumas!





El Termodonte

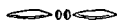
(J. M. de Heredia)

La hermosa Themyscira de ayer, tan floreciente,
las llamas hoy la cercan con inaudita zaña,
y el viejo Termodonte, que riega la campaña,
arrastra carros y armas y muerte en su corriente.

¿Dónde están Hipólita, Marpé y Asteria ardiente,
audaces salvadoras del valle y la montaña,
que guiaron al deguello, para ominosa hazaña,
al escuadrón femenino de sonrosada frente?

Allí por tierra quedan, inertes, desgrenadas,
cual gigantescos lirios que besa manso río;
el aire puebla un potro con recias clarinadas.

Y, cuando muestra el alba su faz en los vergeles,
se ve por las orillas del Euxino sombrío,
fugar en sangre ungidos blanquísimos corceles.





Flor de fuego

(J. M. de Heredia)

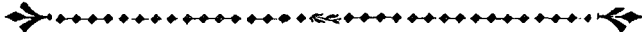
Este cráter inmenso hecho pedazos,
en los siglos caóticos del mundo,
ostentaba penacho rubicundo
mayor que el de los grandes Chimborazos.

Ya no hay ecos ni horribles fogonazos,
y en vez del negro yacimiento inmundo,
para las aves, el volcán fecundo
ha puesto un manantial en sus regazos.

La roja lava, sangre de la Tierra,
no derrocha, como antes, su tesoro.
Hoy nace entre las cuencas de la sierra

El triste cactus de gigantes ramas,
y, en medio de un temblor de polen de oro,
se abre tronando su botón de llamas.





El baño de las ninfas

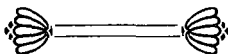
(J. M. de Heredia)

Es un agreste valle del Euxino:
cabe un laurel, la bullidora fuente,
y asida de una vara, ninfa riente
el agua prueba con su pié divino.

Suena la trompa. El grupo alabastrino
rasga los velos de la azul corriente,
y húmedos surgen, bucle refulgente,
nívea cadera o seno purpurino.

En el boscaje de sombrío techo
dos puntos vibran claridad odiosa:
son los ojos del Sá tiro en asecho.

Y como cisnes que el halcón hostiga,
dejan las ninfas la fontana umbrosa
y van en busca de la selva amiga.





Andrómeda y el monstruo

[J. M. de Heredia]

Yace la hermosa virgen de Cephene
a los negros islotes maniatada;
lanza inútiles quejas, desgredada,
y en contracción de miedo se mantiene.

Hervor de espumas a besarle viene
la breve planta que abandona helada,
y, tras de la pestaña mal velada,
con ver rodar las ondas se entretiene.

Discurre por la esfera, como un trueno,
febril relincho de corcel distante,
que abre al horror y al éxtasis el seno

De la beldad, que ha visto cual se asombra
Pegaso bajo un Héroe deslumbrante,
mientras dilata por el mar su sombra.



El viejo orífice

[J. M. de Heredia]

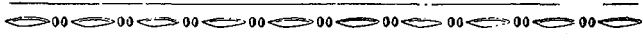
Mejor que los artífices gloriosos,
los Ruiz, Jiménez, Arfe y Becerril,
con perlas y esmeraldas, mi buril
ornó el caliz de bordes ardorosos.

Siguiendo estos impulsos misteriosos
me di a esculpir los mitos del gentil,
y en vez de Cristo, en plata o en marfil,
grabé un Baco de bucles pampanosos.

Por necio orgullo, estoques y puñales
adamascó mi temeraria mano,
aventurando el alma a grandes males;

I hoy, como viejo que sus culpas odia,
quiero, a ejemplo de Juan el Segoviano,
morir bruñendo en oro una custodia.





Tres años después...

(Pablo Verlaine)

Abro la vieja puerta que vacila
y entro al lindo y vistoso parquecillo,
donde, cubierto de cambiante brillo,
el antiguo jardín al sol rutila.

Contempla el mismo cuadro la pupila:
gentil glorieta de exterior sencillo,
foscos bancos de junco, un bosquecillo,
en que lloran un viejo y una pila.

En conmoción de amor tremen las rosas;
las calandrias que vuelan presurosas
me conocen y cantan; la Velleda

No ha cambiado de sitio en la espesura,
y el granizo que altera su figura
cae en medio de ambientes de reseda.





Mujer y Gata

(Pablo Verlaine)

Abrazada de su gata,
era maravilla ver
nívea mano y blanca pata,
jugando al anochecer.

En sus mitones, la ingrata
gozábbase en esconder
sus lindas uñas de agata,
que navajas suelen ser.

Haciéndose la melosa,
también su garra filosa
huye la gata indecisa...

Y, estallan fosforescentes,
al tiempo que alada risa,
cuatro chispas refulgentes.





Las Conchas

(Pablo Verlaine)

La gruta de mis amores,
que tapizan conchas bellas,
ofrece, en cada una de ellas;
la imagen de tus primores.

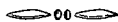
Esta, en púrpura teñida
y que por linda proclamas,
robó la sangre de llamas
en tu pecho reprimida!

Otra, afecta la blandura
que te da el temperamento
en el solenne momento
de tu espasmo y mi locura;

Cuando mis ávidos ojos,
clavados en tu persona,
ven con sonrisa burlona
sucederse tus antojos...

Semeja aquella tu nuca
en lo rosada y carnosa,
y la hay también que orgullosa
imita tu oreja cueca.

Pero incitante en su curva
y pulida como perla,
hay una concha que al verla
me enardece y me conturba...





La hora del pastor

(Pablo Verlaine)

Roja asciende al zenit la luna llena,
fumosas nieblas la pradera envuelven,
y entre los juncos que al saltar revuelven,
lloran las ranas su constante pena.

Los nenúfares pliegan sus corolas;
en lontananza se dibuja incierto
el perfil de los álamos, y al yerto
breñal lo cubre un manto de luciolas.

Como tirando de invisible coche
hienden el aire lúgubres mochuelos;
en el umbroso palio de los cielos
Venus emerge, blanca, y es la noche!





Il bacio

[Pablo Verlaine]

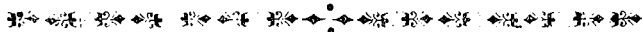
Beso! botón de linda malva-rosa
en pensil de caricias, florecida:
cantinela de amor, dulce y sentida,
en el teclado de una boca airosa!

Grácil beso! divina y misteriosa
embriaguez indecible de la vida;
salud! tu copa de ventura henchida
no agota el hombre con su sed rabiosa.

Como el néctar del Rhin y como el trino
del concierto, nos meces y regalas;
todo acerbo pesar borran tus alas:
que Will te canta su rondel divino!

Pobre trovero de París, un ramo
te ofrezco de mis versos infantiles,
si bajas a los labios juveniles
de aquella ingrata que conozco y amo!





Pan y vino

[Pablo Verlaino]

Hoy es la fiesta del dorado trigo.
¡Cuán noble encanto su recuerdo encierra!
Ledo rumor de actividad testigo
llena los surcos de la madre Tierra!

De rósea luz las sombras se saturan,
corta el arado sibilante el oro
de las gallardas mieses, que maduran
en los campos su pródigo tesoro.

Brúñense al sol las hoces allá abajo
en las manos de alegres segadores,
y sube del estadio del trabajo
un turbión de ruidos y clamores.

Todo florece en plenitud de vida
bajo la comba del azur eterno;
revienta el broche donde el grano anida,
se endutza la uva que nos da el falerno.

Oh viejo sol! que curtes el semblante
del labrador, prosigue tu destino
de alimentar su músculo tirante
con la savia del mundo: pan y vino!

La dulce copa do el olvido ríe,
brinda a su labio que la sed devora,
y haz que en la santa bendición confíe
que trae al hombre la naciente aurora.

Porque es honor de cepas y trigales
que Dios vendimie en el vergel humano,
las especies que adoran los mortales
en la Forma y el Cáliz soberano!



Cesar Borgia

(Pablo Verlaine)

Al fondo oscuro de elegante espacio,
do están en mármol Tíbulo y Horacio,
del Duque César la vivaz figura
se destaca bizarra y altanera
en su traje de negro terciopelo.
Con ademán gallardo, en la cintura
la noble diestra primorosa tiene,
y con la izquierda, del temible estoque
el rico puño con vigor sostiene.

La cabellera y las pupilas móviles
despiden a la vez téntrica lumbre,
que hace contraste con la puesta de oro
de los hermosos cielos italianos,
y con el tinte gualda de imponente
rostro, que en cuarto la facción perfla.
Este era el uso que en aquellos tiempos,
de Venecia y España, los pintores,
con predilecta inspiración seguían,
cuando admirables cuadros componían
de patricios, monarcas y señores.

Fina y bien hecha la nariz palpita;
y el rojo labio, desdeñoso y frío,
que se dijera que el sarcasmo agita,-
con mostacho negrísimo se puebla,
que alza el aliento al escaparse, leve.
Y la mirada en errabundo vuelo,
vibra su luz intensa y misteriosa
con el poder de quien audaz se atreve
a todo, y presto, por lograr su anhelo.

La frente blanca, grave y espaciosa,
por ancha huella se la ve surcada,
como dejando adivinar siniestra
intención formidable que se esconde
bajo la gorra de feliz hechura,
do en broche de rubí que en ascuas arde,
alta pluma finísima y oscura
cimbra al beso del aura de la tarde.





UN SENADOR ROMANO

(Anatolio France)

A Gérôme, pintor

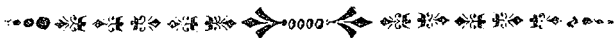
De César, el cadáver, la magestad no pierde
bajo el soberbio manto que indica su atributo;
parece que, sonriente, mirara tanto luto
el bronce de Pompeyo de grueso labio verde.

Por la sangrienta herida, cuya abertura muere
el hierro que esgrimieron la Libertad y Bruto,
el alma huyó dejando sobre el perfil enjuto
un sello de belleza que su esplendor recuerde.

En el marmóreo escaño de la desierta Curia,
ageno a los desbordes de la ominosa injuria,
un Senador roncaba tendido en la poltrona;

Despierta en sobresalto, y, airando la mirada,
exclama con acento de voz emocionada:
«Mi voto es porque César se ciña la corona!»





LA HERENCIA DE MAGDALENA

(Anatolio France)

La tarde en las montañas su santa luz vertía,
Azul era el camino y oscuros los follajes,
En medio de la pompa del moribundo día
Se embriaban las palmeras en génesis salvajes.

La rosa de Betania, la pálida Magdala
Que en lágrimas bañaba sus regios almohadones,
Se mecía como broche, para su cofia en ala,
El gavilán dorado de extrañas poblaciones.

Sus senos eran pomos de mirra enervadora,
Sus dedos conservaban recuerdos de blanduras
Le undivagos cabellos que su alma ya no adora;
Recuerdos semejantes a crueles quemaduras...

La hermosa arrepentida no presta a sus hechizos
El culto de otros tiempos de fiebres y recargos;
Retozan sin unguento las crenechas de sus rizos,
Sus ósculos más dulces conviértense en amargos.

Sus labios que eran rojos, como gentil granada
Que abierto deja al clima su rozagante seno,
Hoy quiso adversa suerte que mosca emponzoñada
Vertiera en cada grano de almíbar, su veneno.

Las auras estivales al paso recogieron
los tímidos arrullos de la cuitada hermosa.
que entre las pardas frondas los ecos repitieron
con el sentido acento de la torcaz llorosa:

“En sed de gozo intensa se enardeció mi lengua
y con tempranos mirtos ceñí la casta frente;
me figuré la tierra sin su perfidia y mengua,
mas, todo ha sido ¡oh cielos! engaños de la mente.

“Y mi tristeza es honda, porque destino airado
preside los momentos de mi existir sombrío:
tu corazón amante, Magdala, está agotado,
como el venero dulce que desecó el estío.

“Y mi alma es cual cisterna que el caminante olvida,
porque no tienen agua sus flácidos camellos;
mis íntimos amores hundiéronse sin vida
en el voraz abismo que se cavaron ellos.

“Mis labios se aplacaron con besos de otros labios
que al seno han vuelto luego de la natura hambrienta;
y hoy quedarme sus acres cenizas por resabios,
y por abrazo el choque de lívida osamenta.

¡“Oh pálidos despojos que desconoce el mundo!
y cuya cripta a solas con mi dolor custodio,
no exhalan vuestros cuerpos ningún olor inundo
y apenas si resume por vuestra boca el odio.

“Al disiparse el último rayo de esperanza,
“venid-grité-con hachas de incienso hasta mi puerta
“y con mi velo de oro cubridme sin tardanza,
“amortajad mi cuerpo, la Magdalena es muerta!”

“Y abrí de nuevo en alto mis brazos, como palmas,
tendiéndolos desnudos y en óleo perfumados,
soñaba yo en los grandes afectos de las almas
que duermen al arrullo de seres adorados.

“Así clamé a los ecos de giros vagabundos:
“La perla vive en medio de sus marinas blondas;
“mi cuerpo quiere un baño de amores tan profundos,
“como del patrio lago las verdigayas ondas.

“Oh! lirios de las fuentes, prestadme vuestro aliento,
“para que tenga el beso que espera mi elegido,
“la calma de la Muerte, su dulce arrobamiento
“y el misterioso sello que triunfa del olvido.”

“Al borde del tranquilo Genezaret, dichosa
contaba yo muy quedo mis pláticas mejores,
cuando funesta llama, rebelde y poderosa,
prendió en mi joven seno sus vívidos ardores.

“Como mi hermana Marta que guarda nuestra casa,
jamás mi mano hubiera medido el blanco lino,
ni al abundoso grano de trigo puesto tasa,
ni en el jarrón de bronce vertido el dulce vino.

“La parte de ventura que me ha cabido en suerte,
por nadie puede serme del alma arrebatada;
mi voluntad constante, como el acero fuerte,
la llevará hasta el solio de la Potencia Increada.”

La voz sonora calla, y un mágico reflejo
sobre el divino rostro en éxtasis, oscila;
tras del acerbo llanto, como en bruñido espejo,
el alma de la Santa desborda en la papila.

Aquella misma tarde de pompa soberana,
el Manso que venciera las huestes del Averno,
Jesús—que cabe el borde en rumor de una fontana,
calmar su sed vió a mano del interés más tierno:—

Hacia un hogar amigo sus pasos encamina
y Magdalena váse tras ellos desolada;
alzábase del techo columna peregrina
del humo de una lumbre por la virtud guardada.

Sobre la noble frente de Magdalena bella,
do pósase la brisa, como en gentil corola,
sublimes pensamientos de claridad de estrella
irradian su luz blanca, formándole una aureola.

Un baño de tristeza realza su hermosura,
la cándida mirada se mece en el vacío:
y, como en selva virgen, tras la pestaña oscura,
infiltra su áureo rayo fulgente sol de estío.

La hermosa Magdalena, la flor de Betanía,
de hinojos sigue al Cristo por la difícil senda;
perfúmale las plantas, como soñado había,
y el mundo desde entonces adora su leyenda.





LA HIJA DE CAIN

· Anatolio France ·

Una mañana de los grandes siglos
en que las hijas de Caín se unían,
en extraños connubios,
a los pálidos ángeles rebeldes;
por la dulce Olibama,
en amorosa llama,
los pensamientos de Azrael ardían.
Junto a una cisterna
miró la virgen sollozar muy triste
a su divino amante;
luego cándida y tierna
le habla suplicante:
«Tú, que sufres, arcángel o demonio,—
que a mi pasión tu nombre no le importa;
tú, el de frente elevada,
el de noble mirada
que es de tu excelso origen testimonio;
ven a juntar tu labio con el mío.
ven a colmar el hórrido vacío
de la que ser tu servidora quiere,
y que al verte tan bello y caviloso
a Dios, en su entusiasmo, te prefiere!

«Pues que te place, espíritu sublime,
amar la pobre arcilla
que una terrible maldición oprime;
a tu potente y seductor abrazo
entrego la sencilla
existencia de joven pudibunda;
la belleza que túvome orgullosa.

la faz que de la rosa
el suave tinte ofrece
y de tus ojos en la luz se inunda;
mis brazos y sus clásicos anillos
que parecen serpientes enroscadas:
mi cuello y sus cadenas más preciadas,
y esta mano que ricos mercaderes,
dueños de grandes pastos y camellos,
para sus hijos con afán pedían
sin obtenerla nunca.
Tú me defenderás bajo tus alas,
lejos de Dios, cuya hermosura igualas;
bellas serán las horas a tu lado,
como lo son las noches más radiosas,
y en giro arrebatado
pasarán nuestras almas por el mundo,
al modo de dos aves cariñosas.»

Al día siguiente el despertar fué horrible:
no el sol, sino la muerte contemplaba
el hombre en indecible
terror que su semblante reflejaba.
La noble virgen que llegar veía
el plazo del castigo,
junto a la fuente, a su gentil amigo,
llena de sobresalto le interroga:
«¿Conoces tú la brisa que a besarnos
viene cargada de la sal marina?
¿Escuchas la advertencia que nos hace
con sus cantos, la parda golondrina?
Ellas nos dicen que en hirvientes ondas
el piélago, de madre, salta horrendo,
y que el soplo de Dios lo precipita
sobre la tierra con furente estruendo.
De nuestras manos, el Edén perdido,
la prole de mi padre, hoy lo recibe;
ese Edén a los besos florecido
de sus primeros tristes moradores.
La gloria de la Carne es obra nuestra!
Ya vencistes, Caín, en tu semilla!

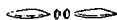
Va a comenzar la lucha entre la diestra
del inclemente Dios que nos humilla
y la pobre mujer que en sus entrañas,
en germen lleva al Vengador futuro.
Oyes el grito del protervo bando
de los demonios, que en tropel bravío
cruzan los aires con la inmoble risa
que les merece nuestro duelo impío?
¿Cuál sombra es esa que de cima en cima
flota como lo hiciera un velo roto..?»

Las aguas corren de sus hondas fuentes;
los vetustos granitos destrozados
lanzan chorros igníferos, rugientes,
y entre el fúnebre horror de las ingratas
tinieblas en que el mundo se envolvía,
el cielo injusto abría
sus bullentes y enormes cataratas.
Todo lo invaden las eternas ondas:
la llanura en que plantan
sus tiendas los pastores;
las florestas de pinos cimbradores,
las ciudades que impávidas levantan
sus enhiestas murallas,
a cuyo abrigo paga vil tributo
el hombre a los demonios, y fabrica
en talleres que están a las riberas
de fangosos arroyos,
telas de lino, aretes y pulseras;
grandes hojas de bronce y raudas flechas
de piedra, que la raza perseguida
del primogénito de Adán, emplea
en buscar el sustento de la vida.

El viento sopla airado
y se derriban las soberbias torres,
desde donde escrutaban nuestros ojos
el cielo constelado.
El agua avanza en furibundas trombas

hasta cubrir las gigantescas moles
de las negras pirámides que el brazo
de mis hermanos, levantara un día.
Los hombres a las bestias confundidos
buscan refugio en las nevadas cumbres
que despedaza el rayo.
Los membrudos gigantes
y las doncellas blondas;
las madres que, con lánguido desmayo,
a sus mustios infantes
abandonan la mánimas orondas;
los ancianos inertes
y los caudillos fuertes;
los esclavos de recia contestura;
los ricos camelleros
que de extraños lugares han venido;
los sabios agoreros
que este inmenso dolor no han prevenido,
todos rodando en el torrente ciego
suplican o maldicen
al Destructor del mundo;
y cuando desaparece la postrera
montaña bajo el piélago iracundo;
cuando flota la torpe carcajada
de los vestiglos sobre el orbe en ruina,
sólo el mommuth despavorido nada
y aún con su trompa la extensión domina.

El sol alumbra con fulgor mortuorio
el cuadro de los últimos amores
de la infeliz pareja.
Abrazado al cadáver de su amada,
la rubia virgen que sin una queja
abandonó la vida;
bogaba el angel, fúlgido y rebelde.
con su carga querida
cansado de retar a la centella
que despreciaba su clamor vibrante,
después de herir a su Olibama bella!





HIMNO AL SOL

(Edmundo Rostand)

Tú, que enjugas el llanto de los prados
y de la flor de mustio terciopelo
haces insecto bello y juguetero:
tú, que al soplo tenaz de los nevados
del Pirene, contemplas desde el cielo
los almendros cimbrar del Rosellón!

Te adoro ¡oh sol! que generoso bañas
la frente del artista y la colmena,
veneros de la idea y de la miel;
y que al filtrar en yemas y cabañas
repartes tu caudal de luz serena,
como hace con sus hijos madre fiel!

Mi voz te canta! Si aceptarme quieres
tu sacerdote soy. Tú, que coloras
la frágil pompa de jabón azul,
cuando vas a lanzar tu adiós, prefieres
la modesta ventana que en las horas
de la cálida siesta, vela un tul.

El rosetón del viejo presbiterio
y en la calada torre mi áureo hermano,
a tus ardores, se los ve brillar;
bajo los tilos llenos de misterio
traza arabescos, tu radiosa mano,
que no osa el caminante profanar.

Tu exaltas el barniz de los jarrones.
Con el húmedo lienzo que iluminas
hacen tus rayos un triunfal pendón;
y por el oro de tus altos dones
tienen las eras blondas capellinas,
y los panales rico capuchón.

Gloria a tí que en las viñas y portadas,
como en los ojos del caimán artero
y en el cisne, prodigas tu esplendor!
Gloria a tí que con sabias pinceladas
nos das el cuadro armónico y severo
y el detalle feliz y seductor!

Fijas la sombra que a placer se tiende,
como africana perezosa esclava,
al pié de objeto que en la luz está;
y cada forma su belleza enciende
con el encanto que la vista clava
en el trasunto que tu amor le da.

Siembras el aire de tus vivas rosas,
doras al fuego la parlera fuente
y fuge un dios tu rayo en el breñal.
Por ti existen los seres y las cosas,
tomas un árbol seco, y regiamente
lo cubres de apoteosis inmortal!





FLORES DE SANGRE

(Sully Prudhomme)

Mientras fueron los campos en guerra
la gentil primavera asomaba;
flores gayas produce hoy la tierra
donde el hombre hace poco espiraba.

A virtud del abono de muertos
que esta greda mejora y fecunda,
nuevos cálices de oro hay abiertos
en el sitio de ciénaga inmunda.

¿Cómo tienen tan puras las frentes
margaritas de luz y azucenas,
si la sangre ha corrido a torrentes
y la guarda la tierra en sus venas?

Si la savia fué vida en derroche
de patriotas que aquí sucumbieron,
¿por qué salen tan blancas del broche
las que rojo viril absorvieron?

No hay alguna que sienta rubores
de vergüenza brotar de su seno,
como suben los vivos colores
de la Patria hasta el rostro sereno?

Cuando mano enemiga las coge
y con ellas deleita su vista,
¿no hay alguna que tiemble y se enoje,
y maldiga, al pasar, la conquista?

¿No hay alguna que diga a la abeja:
«mi nectario lo llevo vacío,
de posarte en mis pétalos, deja,
tus caricias me causan hastío?»

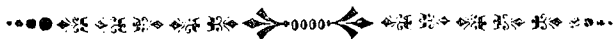
De las muchas que alfombran el suelo,
do segara la muerte mil vidas.
cuál, haciendo más público el duelo,
ha plegado sus hojas garridas?

Nuestras penas ninguna atestigua,
que las flores no tienen memoria;
nacen hoy, y la Patria es antigua,
como lo es en el mundo la Historia.

Guardad, flores, vistosas, felpudas,
esas vestes de sútiles puntos,
¿no os sentís ser las cándidas viudas
de soberbios garzones difuntos?

Sois nativas del suelo de Francia
y sourisa de abril en sus huertos:
cese ya vuestra dulce inconstancia:
puras flores, llorad nuestros muertos!





LA TABERNA

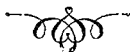
(Francisco Coppée)

En medio del enjambre insoportable
de insectos que colora el sol de agosto,
está la mesa, do el fragante mosto
hunde al borracho en sueño detestable.

Hay en su boca el gesto miserable
del buey rumiante. Por el cuello angosto
de una botella del más bajo costo,
sale con hipo el néctar confortable.

Oh! cómo son pesadas estas frentes
en donde viven pálidas, silentes,
las ilusiones que se forja el miedo!

Me acerco al hombre que el licor inflama
y sorprendo que escribe con el dedo
húmedo en vino, el nombre de una dama.



LEGADOS DE UNA LORENESA

(Andrés Theuriel)

Débil y enferma, mi cansada vida
no llegará hasta fin de la cosecha:
los males de la guerra abrieron brecha
incurable en mi pobre corazón.
Tú no has frizado aún en los diez años,
pero a tu edad despierta la memoria;
ven, pues, y aprende una doliente historia,
y conoce tu herencia y tu prisión.

Ven, hijo, a ver el campo de centeno,
donde fueron los nuestros devorados
por la banda de lobos execrados
que Prusia desató, pérfida y cruel.
Allí duermen tu padre y dos valientes
hermanos tuyos en edad mayores,
del hogar y la patria defensores:
cubre hoy sus lozas primavera fiel!

Estos sitios que bordan florecillas
fueron un tiempo rústica alquería,
donde el viajero pernoctar solía,
donde hubo prados, juventud y amor.
Mira al presente: la falaz culebra
asoma por las grietas bostezantes
de los muros, que llamas crepitantes
calcinaron en fúnebre estridor.

Pasó la Prusia por aquí, hijo mío,
esta es su obra mejor, nunca lo olvides:
así luchan aquellos que en las lides
soldados apellídanse de Dios!
Dijo su rey: «Combato a Bonaparte
y no a la Francia de inmortal renombre.»
mientras trataba de borrar su nombre
del universo, con sevicia atroz.

Odio y rencor sus pechos destilaron
para esta guerra cuyo mal perdura,
y cuando una mañana sin ventura
el Imperio cobarde se rindió;
del fondo de sus valles rumorosos
los vieron las perínclitas Ardenas
acudir en tumulto, como hienas,
al festín que su rabia preparó.

Allí están con el ojo en asechanza.
El tufo de los bárbaros agosta
la campiña, y su música denosta
en nuestras plazas general pesar.
Ellos son los temibles, los hulanos
que, galopando en la aldehuela triste,
con el pesado sable, a cuanto existe,
humillan y destrozan al pasar!

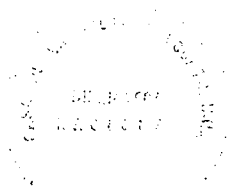
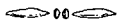
¿Ves la hilera de carros vacilantes
que salva los declives de aquel cerro?
Es un pueblo que busca en el destierro
para el sustento, más honroso pan.
Pobre gente! Muy lejos de la patria
la arroja la impiedad de la contienda.
¿Quién sabe dónde plantará su tienda?
¡No olvides, hijo, a los que así se van!

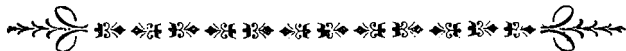
Guarda el recuerdo como germen bueno
que ha de ser fruto en no lejano día,
nutre espíritu y músculo a porfía
para la lucha santa por el Bien.
Está listo a vengarnos, hijo amado,
te dicen moribundos estos labios,
al dejarte en herencia los agravios
del invasor de nuestro patrio edén.

¿Cuándo abrirá en el cielo ese destello?
Nadie lo sabe: mas, vivid seguro
de que al poder de mágico conjuro
veréis en medio de la paz surgir,
ronco grito de cólera potente
de la mar de Britaña retozona
y de los bosques plácidos de Argona,
que hará al malvado a su guarida huir.

Entonces, como el vino generoso
bulle en el fondo de la vieja cuba,
es fuerza que el recuerdo en ondas suba
de los claustros más íntimos del ser.
Marcharéis a los campos de la gloria,
cubierta la cerviz, robusto el brazo,
y unido a la prudencia, en férreo lazo,
el empuje, que es prenda del vencer!

No veremos el sol de la justicia
los que dormimos en el lecho frío,
junto al que inclina su ramaje umbrío
el árbol de los tristes, el sauz.
Pero al llegar el grito de la guerra
a las tumbas, con ecos de esperanza,
descansarán, por fin sin desconfianza,
nuestros despojos bajo humilde cruz!





SONETO LITURGICO

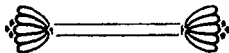
(Laurent Tailhade)

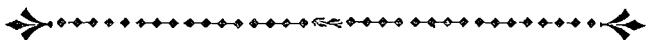
Con el nimbo de efigies bizantinas,
y de una áurea dalmática al fulgor
de sus gemas de azul encantador,
quiero tus gracias contemplar divinas.

Vaso mirrino! Oráculo de Endor!
Ara de níveas rosas matutinas!
Copa lustral de fiebres libertinas!
En tus ojos celestes no hay amor.

Inmaculada palidez de lirio!
Lino de estolas! Coro de garzones
en túnica de plata y albo cirio!

Ostia inviolable de promesas puras!
Mi ardor se exhala al par que los carbones
del incienso que flota en las alturas!





UN ALTO EN "TARASS BULBA"

(Alejandro Macedonski)

En medio de la estepa se ostenta alegre plano.
do llegan bravos potros de fatigoso viaje;
vibra el grito del cisne cabe el budial lejano,
como una campanilla de plata en el paisaje.

Viste negro cafetán el Jefe. La marmita
con el grasoso caldo, rebulle en cocimiento;
por la cobriza tapa vistosa columnita
de azul, se filtra y sube llevada por el viento.

El sol descende a plomo sobre la gran llanura.
Los largos tallos áureos de enebro palidecen.
En el breñal hay ruidos de alientos. De la altura
los vahos de la tarde despréndense y arrecen.

Teñido en sangre y rosa, sus últimos ardores
emite un regio golpe de luz del almo estío;
de sus guaridas salen los ágiles roedores,
mientras lo cubre todo un verde tul umbrío

Centellas de oro parecen los enjambres
de insectos que decoran las ramas del bambú:
cuando en parranda loca desfloran los estambres
imitan de las sedas el músico fru-fru.

La estela de un encanto se esfuma al occidente,
como los varios círculos de lago sin reposo;
y, ebrios de extraño vértigo los íbis, lentamente,
hunden sus flacos torsos en el confín borroso.





El Angelus de la mañana

(Pablo Verlaine)

A León Vanier

Como en tarde de batalla
rojo sol flagela impío;
tempestuosamente estalla
una aurora fin de estío.

Ya la noche soñadora
centellea como un faro,
y el oriente se colora
de tinte de rosa claro.

Lejana planicie humea.
De pronto un rayo tendido
cae en el río que chispea,
como el acero bruñido.

El despertar de las cosas
se une a las nieblas ligeras,
que discurren vaporosas
por malezas y praderas.

El aspecto del paisaje
al fin se fija y revela
y en la calma del celaje
se destaca una aldehuela

Por sus alegres vitrinas
las casas del vecindario
filtran luces matutinas.
Llama a misa un campanario.

Brillan al sol los arados
al abrir el surco pleno
y, con gritos destemplados,
desde un campo de centeno

Anuncia el gallo importuno,
ser hora de los retozos,
del sencillo desayuno
y el rechinar de los pozos.

Rezumen humo los techos,
ladran perros impacientes,
los pastores satisfechos
bajan las viejas pendientes.

Y el coro de las campanas
en la apoteosis del día,
como un albazo de hosanas
sube al trono de María.



FE DE ERRATAS

En la página 25, último verso, léase *diciendo* donde dice *dicienda*.

En la página 104, segundo verso del primer cuarteto, la palabra *yodo* está escrita con *i*, lo que destruye el acento del endecasílabo, en consecuencia, sustitúyase la por la *y*.

En la página 115, en el último verso del tercer cuarteto léase *cante* y no *canta*.

En la página 124, duodécimo verso de la primera sílva, léase *dice* donde está escrito *habla*.

En la página 125, en el décimo tercero verso de la segunda sílva, donde está escrito *dicen*, léase *cuentan*.

En la página 126, el tercero y cuarto verso de la tercera sílva, léanse así:

*desde donde los ojos
escrutaban el cielo constelado.*

En la página 127, tercer verso, léase *los humanos* en vez de *mis hermanos*.

El Autor.



INDICE

	PAG.
Alea jacta est. (Prólogo)	III
Rondeles Indígenas	
Mi Lira	3
Los Genios	4
Fragua heroica	6
Enseña Roja	8
Del tiempo de Calderón	10
Magdalena	11
Spleen	12
Venus Negra	13
Déu de gloria	14
La Romerito	17
D' Apres nature	20
El Regreso a Citeres	21
Quand meme	22
Fantasia Marina	24
Mi Bandera	27
Los Humildes	29
Los Ciegos	32
Ciénaga florida	34
La Muerte del Poeta	36
Afrodita	40
A Colombia	41
Los Bohemios	43
Cuerda de acero	44
Gotas de fernet	46
Apoteosis de Leconte de Lisle	48

	Pag.
Pro Pudor!	49
Pláticas de Ultra-Tumba	50
Toast	55
Medallas gemelas	56
Excelsior	58
Carta al señor Alberto F. Roca B.	61
Lápida	63
El cáliz de Fidias	64
Fuego	65
Agua	66
El fin de un cortesano	67
Salambó	68
Sangre y arena	69
El Lego	70
El Gancho	71
Aniversario	72
Mis versos	73

Mármoles Lavados

Al cañón V. H. de Víctor Hugo	77
La Sultana favorita de Víctor Hugo	80
La Andalucía de Alfredo de Musset	83
El Rhin alemán por Becker	85
El Rhin alemán-Respuesta de Musset	86
El Crepúsculo de la mañana de Carlos Baudelaire	88
El Retrato de Carlos Baudelaire	90
El alma del vino de Carlos Baudelaire	91
El Perfume de Carlos Baudelaire	92
Podredumbre de Carlos Baudelaire	93
La caza del águila de Leconte de Lisle	95
Paisaje polar de Leconte de Lisle	98
Los Elefantes de Leconte de Lisle	99
Paisaje de Leconte de Lisle	101
Sol poniente de J. M. de Heredia	103
El arrecife de coral de J. M. de Heredia	104
Andrómeda y el monstruo de J. M. de Heredia	109
El viejo orífice de J. M. de Heredia	110

	PAG.
Flor de fuego de J. M. de Heredia	107
El baño de las ninfas de J. M. de Heredia	105
El baño de J. M. de Heredia	108
El Termodonte de J. M. de Heredia	106
Tres años después de Pablo Verlaine	111
Mujer y Gata de Pablo Verlaine	112
Las conchas de Pablo Verlaine	113
La Hora del Pastor de Pablo Verlaine	114
El bañío de Pablo Verlaine	115
Pan y Vino de Pablo Verlaine	116
César Borgia de Pablo Verlaine	117
El Angelus de la mañana de Pablo Verlaine	140
Un senador Romano de Anatolio France	119
La Herencia de Magdalena de Anatolio France	120
La hija de Cín de Anatolio France	124
Himno al Sol de Edmundo Rostand	128
Flores de sangre de Sully Prudhomme	130
La taberna de Francisco Coppée	132
Legados de una Lorenesa de Andrés Theuriot	133
Soneto lírico de Laurent Tailhade	136
Un alto en «Taras Boulba» de Alejandro Ma- cedonski	137
A una madre que llora de Emilio Deschamps	138
Japón de Eugenio Vermesche	139

